



## María Zambrano y Gregorio Marañón en la trinchera de la propaganda de la Guerra civil española (Microhistoria de un episodio mínimo)<sup>1</sup>

Francisco Martín Cabrero<sup>2</sup>

Recibido: 11/01/2023 / Aceptado: 08/02/2023

**Resumen.** Estudio de la relación entre María Zambrano y Gregorio Marañón en ocasión del viaje sudamericano de 1937 del segundo. El contexto es el de la Guerra civil española y el del posicionamiento de los intelectuales frente a ella. Se analiza la “salida” de Marañón y la acción intelectual de ambos en el eje del conflicto entre las categorías de “dos Españas” y “tercera España”. Estudio hermenéutico de la “Carta al Dr. Marañón”, de Zambrano, y de los artículos y conferencias de Marañón durante el viaje en el contexto de la propaganda de la Guerra de España.

**Palabras clave:** Guerra civil española; María Zambrano; Gregorio Marañón; Intelectuales; Tercera España; Dos Españas

## María Zambrano and Gregorio Marañón in the Spanish Civil War (Microstory of a minimal episode)

**Abstract.** Study of the relationship between María Zambrano and Gregorio Marañón on the occasion of the latter’s 1937 trip to South America. The context is that of the Spanish Civil War and the positioning of the intellectuals against it. The “exit” of Marañón and the intellectual action of both in the axis of the conflict between the categories of “two Spains” and “third Spain” are analyzed. Hermeneutic study of the “Letter to Dr. Marañón”, by Zambrano, and of the articles and lectures of Marañón during the trip in the context of the propaganda of the Spanish War.

**Keywords:** Spanish Civil War; María Zambrano; Gregorio Marañón; Intellectuals; Tercera España; Dos Españas

**Sumario:** 1. Micrología. 2. Escenarios de la “pequeña historia”. Escena primera: Madrid 1936. 3. Intermedio en Santiago de Chile y París. 4. Escena segunda: la salida de España y el viaje sudamericano de Marañón en 1937. 5. Intermedio en Madrid: retrospectiva de los años finales de la Dictadura y primeros de la República. 6. Escena tercera: la “Carta al Dr. Marañón” de Zambrano. 7. Intermedio sobre el odio. 8. Escena cuarta: lo que dijo Marañón con la guerra de fondo durante la gira. 9. Intermedio en París: de vuelta con una carta devuelta (o tal vez un descarte). 10. Escena quinta y final sobre el decorado de la historia y los gestos que se pierden sin memoria. 11. Bibliografía y telón.

**Cómo citar:** Martín Cabrero, F. (2023): María Zambrano y Gregorio Marañón en la trinchera de la propaganda de la Guerra civil española (Microhistoria de un episodio mínimo), en *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 40(3), 575-600

### 1. Micrología.

Hay hechos que no son nada. Porque nada o apenas nada cuentan en la trama que configura la historia. Son nada o apenas nada en esa trama más general que pone orden en los hechos y da sentido a los sucesos de un vasto acontecimiento. Hechos que quedan sacrificados en el relato de los hechos, detalles menores y episodios mínimos que a los ojos de la historia parecen prescindibles y quedan excluidos sin que nada o apenas nada se resienta en el sentido de la verdad o en la veracidad del relato. Prescindibles, intrascendentes, fútiles como el canto apagado en la batalla o el viento hecho desierto. Detalles, pormenores, minu-

cias de las que se hace abstracción sin miramiento y sin pesar ninguno. Menudencias, nimiedades, pequeñeces o menos aún. Pizcas que ni siquiera son fragmentos, briznas que apenas manchan los márgenes del discurso, bagatelas que se pierden como una gota diminuta en la oceánica inmensidad de la historia. Naderías, nonadas, insignificancias...

De lo que aquí nos ocuparemos será eso, apenas sólo eso: un detalle insignificante, un episodio mínimo, un pormenor en general descartado —de esos de los que no suele hablarse o si se habla se hace de prisa y de paso porque no son importantes, porque se supone que nada añaden al sentido ya logrado. Aunque bien miradas las cosas, es decir, queriendo ser justos

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de investigación “La Tercera España: génesis y usos públicos de un concepto político (1936-2020)” (ref. PID2020-114404GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>2</sup> Università di Torino  
E-mail: [francisco.martin@unito.it](mailto:francisco.martin@unito.it)  
ORCID: 000-0001-5367-4891

con su inteligencia, o sólo honestos en el estudio, tal vez haya que decir que su pretendida insignificancia no es tal, o no lo es de modo completo y absoluto, pues en fondo se trata de un atributo conferido por el orden superior de un más general sentido. No es, pues, que no signifiquen o signifiquen poco, apenas nada o casi nada, sino que en el sentido general del relato de los hechos no aportan nada relevante, ningún significado o apenas algo ya sabido, a lo sumo detalles mínimos de un significado ya logrado. Pero no es así, claro está: todo significa y todo puede contribuir al sentido. Todo, incluso lo más mínimo. El descarte es a la postre desprecio, y esas son ya palabras mayores aunque se trate de lo más pequeño.

Aquí no se denuncia el proceder de la Gran historia en la construcción del sentido, pero se trabaja en sus descartes a fin de poner reparo a la ocasión del desprecio. Porque a la postre el sentido debe ser justo y bueno y debe corresponder a los hechos todos, grandes y pequeños, consumados o sólo apuntados, incluso interrumpidos o frustrados. Y es que no sólo a la novela son esenciales los detalles, sino a todo lo que quiera corresponder de veras al esclarecimiento de la vida. Porque la vida es sucesión de detalles y es siempre anterior a la trama de los hechos. Hacer centro en los detalles no es desentenderse de la trama, sino el justo corresponder a la inderogable construcción del sentido: porque no es algo dado o ya logrado, el sentido, sino algo en verdad siempre por lograr y nunca definitivamente alcanzado.

También lo veían así los protagonistas de nuestra historia pequeña, del detalle breve, menor, incluso minúsculo, del que aquí se hará hermenéutica en pos de un aporte de significación y sentido<sup>3</sup>. El ilustre médico pensaba que “la historia no es el relato de una sucesión de hechos, sino el estudio de las causas que originaron los hechos” (Marañón 1966, 444), y la joven filósofa, por su parte, que “aún existen pruebas más poderosas que los hechos, sobre todo para un historiador, que es la preparación de ellos: el ambiente moral y social que los precede” (Zambrano 2022,

756). Ambos lo dijeron y dejaron escrito en el inicio de aquella primavera incierta de aquel año tan difícil y terrible –para ellos, para nosotros, para España y para el mundo– de 1937.

## 2. Escenarios de la “pequeña historia”. Escena primera: Madrid 1936

Todo empieza el 18 de julio de 1936, fecha que suele considerarse como el inicio de la Guerra civil española. Aunque, en propiedad, nuestros protagonistas, a la hora de hacer luz en ese “grado cero” de la historia de España y de su propia historia, empezarán sus respectivos relatos en fechas y momentos decididamente anteriores: Zambrano en octubre de 1934, fecha a la que también Marañón atribuye una importancia decisiva en el desencadenamiento de los hechos que iban a llevar a la guerra<sup>4</sup>, aunque él prefería indicar no una fecha precisa, sino lo preciso de un movimiento de progresiva pérdida de peso político e influencia ciudadana del liberalismo durante la II República. Así lo dejaron ambos escrito en dos de sus trabajos mayores de aquel año de 1937: Zambrano en *Los intelectuales en el drama de España* y Marañón en *Liberalismo y comunismo*.

Ambos, al estallar la guerra, se posicionan del lado de la República (Moreno Sanz 2014, 64; López Vega 2011, 267), aunque se trata, como se verá enseguida, de un muy distinto posicionamiento. El de Zambrano es de apoyo a la política del gobierno del Frente popular y cae dentro del horizonte de acción de la Alianza de Intelectuales Antifascistas (Bundgard 2009, 211), en cuya creación, como se sabe, participa. Hay en Zambrano en los escritos de esta época una identificación entre la causa republicana y el pueblo: el pueblo está con la República y ella está con el pueblo<sup>5</sup>. Son escritos de urgencia, sin duda, acaso escritos desde el apremio de las preocupaciones de la guerra y sin tiempo y calma suficientes para trabajar en la forma expresiva, algo irrenunciable en la

<sup>3</sup> Es obvio que los aportes de este método a veces rompen la arquitectura de las tramas dominantes y obligan a la Gran historia a rehacer el edificio del relato, cosa que casi nunca es fácil y no siempre puede hacerse. Es lo que llevó a un prestigioso historiador argentino a decir que era la “mosca cojonera” de la Historia (fue en conversación privada y por eso no se cita).

<sup>4</sup> Nótese en cualquier caso que ese mismo hecho queda nombrado de distinto modo en los escritos de uno y otra: para Zambrano se trata de la “revolución de octubre de 1934” (Zambrano 2015, 159), mientras que para Marañón es la “sublevación de Asturias en octubre de 1934” (Marañón 1968, 378). Un detalle revelador, sobre todo si se piensa que tal diferencia iba a abrir después una de las brechas de la desafección republicana de buena parte del republicanismo liberal.

<sup>5</sup> El concepto de pueblo no aparece aún en *Horizonte del liberalismo*, su primer libro, de 1930, al menos no con el valor y significación con que aparecerá después en el pensamiento político de la joven Zambrano durante la guerra. Allí se mueve ella aún dentro de la categorización orteguiana de *La rebelión de las masas*, aunque lo cierto es que buscaba ya una ampliación del liberalismo de su maestro, que a la postre era también el de Marañón (téngase en cuenta que Ortega y Marañón, junto a Pérez de Ayala, iban a fundar en 1931 la Agrupación al Servicio de la República, un partido político de clara inspiración liberal), en dirección de un liberalismo de carácter más social. Ese indudable interés social de la joven Zambrano haría su curso durante los años de la República, y hay que decir que entre 1930 y 1937, fecha de su segundo libro, *Los intelectuales en el drama de España*, su pensamiento abandonaría la categorización orteguiana y daría un salto hacia atrás para recuperar el concepto tardo romántico de pueblo. Un salto hacia atrás, sin duda, al menos en lo que concierne al abandono de la más moderna categorización orteguiana de lo social, entendido como interrelación conflictiva entre élites y masas, en favor de una conceptualización política que hundía sus raíces en las filosofías de la historia de Herder y Humboldt. Aunque, a decir verdad, ese salto hacia atrás o recuperación del concepto de pueblo ella lo haría a través de una doble vía que sólo muy indirectamente se relacionaba con el romanticismo alemán: la institucionista, representada para ella por la figura de su padre, Blas Zambrano, y sobre todo de Antonio Machado, y la noventayochista, a su vez representada por autores como Unamuno y Azorín, cuyos conceptos de “intrahistoria” e “historia interna”, respectivamente, iban a pesar de manera importante en la configuración de su concepto de pueblo; sin olvidar tampoco, claro está, la representación literaria que del pueblo había hecho Galdós en sus novelas, de las que fue desde siempre atenta lectora. Para una visión de conjunto de la “vuelta al pueblo” en el campo de la cultura española de los años de la República vid. Fuentes (2006).

Zambrano más madura, en los que se nota una suerte de mística del pueblo no exenta de cierto fanatismo, como cuando habla, por ejemplo, de “esta verdad que sólo al pueblo puesto en pie se muestra” (Zambrano 2015, 299). Era el cierre de su primer artículo de la guerra, “La libertad del intelectual”, a la sazón publicado en una de las primeras entregas de *El Mono Azul*, el órgano de propaganda de la Alianza de Intelectuales Antifascistas apenas citada (concretamente en el n. 3, del 10 de septiembre de 1936). Pocos días después, el 14 de septiembre, María Zambrano contrajo matrimonio con Alfonso Rodríguez Aldave, compañero de aventuras y militancias, diplomático de carrera para cuyo primer destino acababa de ser nombrado primer secretario en la Embajada de Chile<sup>6</sup>. Y allá se fue con él Zambrano (Martin Cabrero 2020 y 2022a). Pero su salida en modo alguno fue un abandono de la guerra, nada semejante a poner tierra por medio y buscar refugio en la distancia (como sí harían otros dando vida a lo que después iba a llamarse “tercera España”), pues lo cierto es que en aquella embajada chilena en la que les esperaba Rodrigo Soriano, el “embajador rojo” según un decir famoso de José María Pemán, su acción –intelectual y humana– era de decidida implicación en la Guerra de España. Y en ella Zambrano estaba claramente posicionada en la trinchera cultural del bando republicano (también su marido mientras estuvo en Chile, aunque después también lo estaría en las trincheras del frente). El acontecimiento de la guerra cubría para ella la entera realidad española, realidad que ella comprendía desde la fidelidad intelectual al marco teórico de la metáfora de las “dos Españas”: ella se sabía –se pensaba y se sentía– indefectiblemente con una de ellas y en guerra contra la otra<sup>7</sup>.

El posicionamiento de Marañón es tal vez más complejo y acaso pesa sobre él la incompreensión derivada de su posible inclusión en la llamada “tercera

España” (Preston 1998). No puede olvidarse que la historiografía dominante estuvo a cargo de los vencedores y de los vencidos de la Guerra civil, cuyos relatos, de muy distinto signo, sin duda, a la postre reproducían la misma lógica binaria de las dos Españas, en la que la tercera, fuera como fuera, acababa siempre muy mal parada: o condenada o silenciada o las dos cosas a la vez. El 19 de julio Marañón escribe a Marcelino Domingo: “Ahora sólo es tiempo de decir Viva la República y España!” (López Vega 2011, 267). Era una carta privada, claro, pero tampoco faltaron públicas declaraciones de adhesión republicana, incluso hubo al principio de la guerra alguna intervención radiofónica de apoyo que no debe pensarse insincera o contradictoria con lo que iba a venir después. Porque lo cierto es que Marañón fue testigo del deterioro de la vida social en Madrid durante esos primeros meses de la guerra, donde ser liberal y católico, vestir bien y llevar sombrero, por ejemplo, convertía a las personas en “enemigos del pueblo”, según era entonces el decir común de milicianos y afines<sup>8</sup>. En dos ocasiones fue detenido y conducido a una checa (Marañón 1968, 327), de donde salió lívido y con la camisa –se dice– manchada de sangre. El 30 de julio firmó un manifiesto que habían redactado los jóvenes de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, entre ellos Zambrano, y firmó sintiéndose presionado, como otros intelectuales de su generación, por ejemplo Ortega, que diría lo mismo<sup>9</sup>, porque no firmarlo hubiera significado ponerse contra la República y “el pueblo” (Gómez-Santos 2001, 396). Se lo dijo también por carta a Marcelino Domingo: “No firmamos los llamados intelectuales con gran satisfacción interior”, sobre todo porque el manifiesto era una adhesión a la lógica de la guerra, y Marañón tenía claro que “lo que hubiéramos querido decir, lo que debiéramos haber dicho era sólo esto: ¡Paz!”. Y concluía la carta con un detalle revelador: “en el otro lado, hay pueblo

<sup>6</sup> “La razón de la boda con ese comunista fue un escudo” (Trapiello 2021, 256). La versión de Trapiello difiere mucho de la más asentada en los estudios zambranianos, en los que en general se pasa de puntillas sobre estos hechos. Pero no puede aquí, desde luego, pasarse por alto: “María Zambrano, que había sido amiga de Alfonso García Valdecasas (cofundador al poco de Falange Española) y combinado con él para la formación de un Frente Español, de claras escoriaciones fascistas, que había sido amiga de José Antonio [Primo de Rivera] y de algunos destacados miembros de Acción Española, María Zambrano, decimos, fue, en los primeros días de la guerra, acusada públicamente en una asamblea de la Alianza [de Intelectuales Antifascistas], de ser... fascista, lo que había obligado a Bergamín a defenderla y zanjar, con la autoridad de su palabra, algo que pudo haber traído consecuencias muy penosas. Tanto, que decidieron enviarla a Chile una temporada, hasta que los ánimos se calmaran” (id. 95). Lo que relata Trapiello es de sumo interés, pues, en primer lugar, da una idea del contexto en aquel Madrid de los primeros meses de la guerra, donde en efecto podía bastar una acusación (que fuera fundada o infundada es algo que se veía, cuando se veía, siempre después) para poner un estigma sobre las personas y abrir un cauce de problemas que podían acabar en lo peor; y da también, en segundo lugar, una idea de la confusión que reinaba en la nebulosa ideológica de los distintos movimientos más o menos revolucionarios: el tiempo se encargaría de separar muchas de aquellas convergencias ocasionales que predicaban cambios más o menos radicales y que veían envueltas personas que después la historia nos ha consignado en bandos contrapuestos e incompatibles.

<sup>7</sup> El final de la “Carta al Dr. Marañón” es en este sentido altamente elocuente, como se verá después, pues allí queda claro cómo el “odio” configura la relación de Zambrano con los enemigos de una guerra que no se combate sólo en las trincheras de España: “ante este crimen contra el porvenir del mundo y por el dolor infinito de mi pueblo, he llegado a sentir algo nuevo en mi vida: el odio” (Zambrano 2022, 758).

<sup>8</sup> “Por desgracia, más que las ideas, incluso más que el corazón, iban a decidir en muchas ocasiones sobre la vida y fortuna de las personas, las apariencias: el mono azul, la corbata, las alpargatas... Como decía Moreno Villa: todo el mundo se fijaba en los zapatos” (Trapiello 2021, 49).

<sup>9</sup> Lo dijo en un artículo que apareció en inglés en la revista londinense *The Nineteenth Century* en julio de 1938 (pero fechado en diciembre de 1937), “Concerning pacifism”, después incorporado a *La rebelión de las masas* con el título de “En cuanto al pacifismo...”: “Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etcétera [...]” (Ortega 2005, 524). “Entre la actividades de la Alianza [de Intelectuales Antifascistas], apenas estalló la guerra, estuvo la de recabar firmas de intelectuales y escritores relevantes, para ponérselas en un comunicado de apoyo a la República” (Trapiello 2021, 95). Reflexionaría Marañón después sobre aquellas firmas que se solicitaban para los manifiestos en un artículo publicado en México, “Expiación del intelectual” (*Hoy*, 19 de mayo de 1938), contra el que acaso reaccionó muy duramente el entonces allí embajador de la República española, Félix Gordón Ordás, con “Los intelectuales asesinados (Réplica a Marañón)”, publicado en *El Mono Azul* (n. 46, julio 1938).

también” (Marañón en López Vega 2011, 268). No era cosa de poco ese pequeño detalle de realismo que desarmaba la apropiación del pueblo (apropiación semántica y simbólica) que se estaba llevando a cabo en el lado de la defensa de la República: pueblo había también al otro lado, como no podía dejar de ser en aquella dramática división de España<sup>10</sup>.

Es claro que la adhesión republicana de ambos al estallar la guerra se declina de muy distinta manera: Zambrano abraza la guerra y busca su solución en ella (no en vano, en el libro chileno hablará de “razón armada” y de “razón militante”), mientras que Marañón no lo hace, al menos al principio, en esos primeros meses en Madrid, y lo que de inmediato pide, y lo hace además con énfasis, es paz. No faltará quien diga que pedir paz en tiempo de guerra, cuando hay un agresor claro y un agredido no menos claro, es ponerse de parte del agresor. Todo es opinable y aquí no se trata de juzgar a nadie, sino simplemente de entender y comprender. Cuando Marañón pide la paz (y téngase presente que lo hace sólo en ese momento inicial) se está situando *contra* la guerra, contra la solución que la guerra podía ofrecer al conflicto, y ello significaba estar intelectualmente situado aún en un espacio dialógico y pensar que el diálogo y no la guerra era la mejor solución al conflicto.

No era fácil ser liberal y católico en aquellos primeros meses de la guerra en Madrid, pues era sin duda vivir bajo sospecha (con independencia de que hubiera o no razones para ello). Lo cierto es que Marañón sintió el peso de esa inseguridad, que unas veces se traducían en meras dificultades para poder moverse en el ejercicio de su profesión (llegó a pedir un carnet de partido a Marcelino Domingo para poder ir al hospital sin ser detenido en los varios controles callejeros de los milicianos) y otras llegaban a poner seriamente su vida en peligro, como cuando en un

suelto del diario *Claridad*, órgano oficial del largocaballerismo que dirigía Araquistáin<sup>11</sup>, se le señalaba como connivente con el fascismo (López Vega 2011, 269). Tal vez aquel suelto fue la gota que hizo colmar el vaso, el momento de la toma de la decisión de salir de España. O tal vez no, y aun a pesar de su gravedad no fuera más que un episodio que se añadía a otros en un crescendo cuya suma acaso estaba alimentando en su vida cotidiana un proceso de progresivo distanciamiento intelectual y espiritual de la República (o más que de la República, como precisará después, del gobierno del Frente popular en su gestión de la guerra). Fuera como fuera lo que es seguro es que no hubo ninguna conversión, ningún resplandor brillando en ningún camino de Damasco, pues lo cierto es que su distanciamiento del bando republicano en nada sustancial cambió su compromiso político con el liberalismo. Y ello porque para él el liberalismo era sobre todo una forma de vida antes que un ideario o una ideología política, una forma de vida asentada en la conducta más que en las ideas (Marañón 1966, 352; y 1968, 373), con lo que quería dar a entender que la fidelidad era para con la conducta y no para con las ideas, pues éstas, para un liberal como era él, debían estar siempre sometidas a revisión y duda (Marañón 1968, 334). Duda de la inteligencia y revisión en base a la experiencia, y en ese punto de la necesidad de la experiencia salía a relucir su raigambre científica: conocimiento y experiencia van en él exigentemente de la mano. En este sentido, cabe decir con razón que su vida en el Madrid de la guerra tuvo ese carácter de experiencia a la que él se apeló después en sus escritos para hablar como “testigo ocular” (Marañón 1968, 374): es su testimonio de los hechos lo que le hace modificar algunas de sus ideas, pero no, desde luego, en su sentir y en su pensar, el fondo de su conducta<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> El manifiesto aludido se publicó en *ABC* el 31 de julio y lo firmaron Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, José Ortega y Gasset, Teófilo Hernando, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo Rodríguez Lafora, Pío del Río Horteiga, y Antonio Marichalar. Algunos de ellos, por ejemplo, Menéndez Pidal, Marañón y Ortega, ante el clima de inseguridad en el Madrid de aquellos días, se habían refugiado en la Residencia de Estudiantes: “La presencia de estudiantes extranjeros y la protección brindada al lugar por las Embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos parecían indicar aquél como sitio seguro” (Zamora Bonilla 2011, 411). De las tensiones entre los jóvenes proponentes, todos ellos integrantes de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y los maduros firmantes da una versión Andrés Trapiello que suele desatenderse o suavizarse: “circuló incluso por Madrid el nombre de la persona (María Zambrano) que presuntamente habría desenfundado una pistola, obligando al filósofo [Ortega] a estampar su firma en el documento, lo cual entra en contradicción con el testimonio de Soledad Ortega, hija del filósofo, [...] Bergamín, en una carta abierta al filósofo, escrita poco después de la guerra, confirma que firmó libremente la adhesión y que lo hizo ante Zambrano. Bergamín no dice nada de la pistola, pero sabemos también que Zambrano solía llevar una al cinto esos días. Eso bastó” (Trapiello 2021, 101-102). Tampoco habla de la pistola el mejor biógrafo de Ortega, pero sí dice que el filósofo “se negó a recibirlos [a los jóvenes] y los ánimos se pusieron muy tensos, hasta el punto de que según algunas versiones llegó a haber amenazas físicas muy serias” (Zamora Bonilla 2002, 411). Sea como fuere, en punto a los detalles que hacen a nuestro caso, lo que más importa —más incluso que la misma veracidad de los testimonios— es la verosimilitud de los hechos que se cuentan. Es la verosimilitud del suceso, y no su verdad, la que dice del clima y de la temperatura de Madrid en aquel verano de 1936.

<sup>11</sup> En palabras de Fernando Ortiz Echagüe, corresponsal de *La Nación*: “*Claridad*, el órgano del extremismo socialista donde truenan la prosa de Margarita Nelken, Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo, formula diariamente denuncias concretas que suelen tener fría y fulminante sanción” (Trapiello 2021, 88). También dice, en el mismo lugar, que la Alianza de Intelectuales Antifascistas “compite con *Claridad* para las delaciones y denuncias tendentes a obligar a los escritores a definirse”.

<sup>12</sup> En la “Carta al Dr. Marañón” Zambrano le acusa de ver el dolor de unos y no de otros, de levantar su voz para denunciar los excesos de los unos y no las atrocidades de los otros (Zambrano 2022, 757), argumento de denuncia, por lo demás, que, dado la vuelta, podría devolverse intacto a la misma Zambrano, pero que no considera o tiene en cuenta ni la naturaleza del testigo ni el carácter del testimonio, del testigo que es Marañón y del testimonio que en su decir ofrece. Porque el testigo da testimonio de lo que ve, de lo que percibe y se da cuenta, de la realidad que sufre, con independencia de que sea una realidad parcial y limitada, que eso se da —debe darse— por descontado. Ser testigo es dar cuenta de eso que se ve o se ha visto, con todos los defectos y deficiencias que ello pueda tener, pues en su caso se trata de una perspectiva implicada. Dar testimonio es ofrecer la ‘verdad’ del testigo, la cual puede resultar a la postre falsa, por paradójico que esto pueda parecer (falsa en la trama del sentido que reconstruye los hechos, no en la experiencia del testigo), pero es lo que tiene de inherente dificultad el esclarecimiento de los hechos en los que el testigo es a la vez parte implicada (vid. en propósito Agamben 2022). A esa figura del testigo también se apelará Marañón en la inmediata postguerra: véase por

De su sucesivo apoyo al bando nacional hay que decir que, en su sentir y en su pensar, se trató de algo que consideraba un mal menor. No era la opción de libre elección que como liberal hubiera seguido con su conducta, sino la toma de conciencia de una realidad que se imponía sobre los ideales: “el liberalismo, como fuerza política, ha terminado su misión en el horizonte de algunas generaciones. Quedará por ahora sólo como sentimiento de las almas, porque [...] es el motor inmortal del progreso de los hombres. Y, sin duda, brotará un día, cuando sea purificado de las inevitables dictaduras de hoy” (Marañón 1968, 385). Por lo demás, es patente que el régimen franquista siempre miró con recelo y sospecha a las figuras de la “tercera España”, a las que con razón nunca consideró suficientemente leales (aunque cuando volvieron a España acabada la guerra, los que volvieron, que no todos lo hicieron, el régimen se sirvió de ellos para intentar lavar internacionalmente la cara de sus políticas autoritarias y represoras). O de otro modo: la lealtad exigida por el régimen era mayor e iba mucho más allá del ocasional apoyo en la circunstancia de la guerra, lo cual, claro está, dejaba a Marañón y a los intelectuales residentes en París durante la guerra en una posición de insuficiente definición dentro de la lógica de la guerra, y ello para los dos bandos, tanto el nacional como el republicano. A la postre la “tercera España” era el espacio de la traición, de la gran traición a España, y esto tanto en la historiografía de los vencedores como en la de los vencidos.

### 3. Intermedio en Santiago de Chile y París

Zambrano llegó a Chile el 18 de noviembre de 1936 (Soto García 2005, 53) y relató la travesía en barco con escala en La Habana en un memorable artículo publicado dos años después (Zambrano 2015, 331-337). Allí permanecería hasta el 11 de mayo de 1937 (Soto García 2005, 66). De su estancia chilena se han ocupado en vario modo y desigual manera Pamela Soto García, Madeline Cámara, Antolín Sánchez Cuervo, Sebastián Hernández, Luis Ortega Hurtado y Francisco Martin Cabrero (vid. bibliografía). Baste, pues, decir aquí que en Santiago de Chile desarrolló una intensa actividad cultural y propagandística dentro de la Embajada de España de la que era titular Rodrigo Soriano Barroeta-Aldamar, que con su marido fundó la Editorial Panorama, donde publicó *Los intelectuales en el drama de España* y llevó a cabo la *Antología* de Federico García Lorca y el *Romancero de la guerra española*, y que además publicó un buen

número de artículos en la prensa chilena y argentina (alguno también en la española). De esa intensa actividad, de la que los escritos son sólo la punta de un iceberg, cabe decir que estaba plenamente volcada en defensa de la causa republicana en la Guerra de España.

Marañón llegó a París el 19 de diciembre de 1936 y se quedaría hasta el otoño de 1942 (López Vega 2011, 270 y 358). De esos años se han ocupado, también en su caso en vario modo y muy desigual manera, Francisco Javier Almodóvar y Enrique Warleta, Luis Sánchez Granjel, Marino Gómez Santos, Francisco Pérez Gutiérrez y Antonio López Vega (vid. bibliografía). Baste, pues, aquí también, con señalar las notas más esenciales de ese tiempo de vida suyo con el único fin de enmarcar nuestra “pequeña historia”. Primera: en razón de su prestigio profesional, las autoridades francesas permitieron a Marañón el ejercicio de la medicina, con lo que su situación económica era bastante más desahogada que la de otros intelectuales de la “tercera España”. Segunda: Marañón, hasta donde pudo, mantuvo contactos con los dos bandos contendientes de la Guerra de España, lo cual servía en lo inmediato para intentar salvar vidas de prisioneros, en coherencia con su ideario médico y humanista, pero también da una idea de que la solución de la guerra no podía ser para él el simple prevalecer de unos sobre otros, sino un nuevo horizonte de reconciliación en el que todos deberían poder encontrar un espacio propio<sup>13</sup>. Tercera: lleva a cabo una intensa investigación de archivo, reflejada luego en sus trabajos de carácter biográfico e histórico, sobre todo en un magno proyecto de historia intelectual centrado en los exilios de España que a la postre quedaría incompleto y sería después publicado con el título de *Españoles fuera de España*. Cuarta: escribe y publica copiosamente artículos, en general destinados a la prensa argentina, folletos, como el ya citado *Liberalismo y comunismo*, y libros, entre los que cabe destacar *Elogio y nostalgia de Toledo*, *Don Juan. Ensayo sobre el origen de su leyenda*, *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, *Vida e historia*, *Tiberio. Historia de un resentimiento* y *Luis Vives. Un español fuera de España*, amén de varios otros de temática médica, como *Estudios de endocrinología*, *Estudios de fisiopatología hipofisaria*, *Alimentación y regímenes alimentarios*, *Climaterio de la mujer y del hombre*, etc. Y quinta, una más que suele quedar difuminada y sin el debido resalto: Marañón en París será también “testigo” de la ocupación nazi de Francia, algo de lo que dará cuenta en alguno de sus artículos<sup>14</sup> y que acabaría pesando en su decisión de volver a España en 1942.

ejemplo “Sobre la España actual (Apuntes de un testigo)” (Marañón 1968, 615-628). En apoyo del testimonio de Marañón con relación al deterioro y violencia de la vida en Madrid en los primeros meses de la guerra se podrían traer a colación, por ejemplo y entre otros, los testimonios de Manuel Chaves Nogales y Clara Campoamor (Trapiello 2021, 195-205), o los tal vez más escalofriantes, por su simplicidad y sencillez, de un buen número de personas comunes recogidos por Moral Roncal (2011).

<sup>13</sup> Así por ejemplo en el cierre de un artículo de 1940: “Cuantos aman a España sólo pueden desear que esa solución realice la unión de los españoles y que éstos —como los demás pueblos— se decidan a resolver sus problemas políticos y sociales con un respeto inviolable a la vida y a la dignidad humanas” (Marañón 1968, 628).

<sup>14</sup> Vid. por ejemplo “Pequeños anales de treinta días en París” y “La patria”, ambos de 1940. El primero de ellos se cierra de este modo: “Una columna negra, que se eleva a lo lejos, nubla la postrer claridad del día. Es lo único que recuerda que ha debido pasar algo, allá lejos, antes de que los ale-

De toda esta intensa actividad de Marañón en París no cabe sacar una conclusión tan rotunda como la del caso de Zambrano en Chile antes apuntada, sino que conviene proceder con tiento y sentido de la mesura, prestando atención a los matices, sobre todo porque son precisamente los matices de la “tercera España” los que iban a quedar condenados en las sucesivas historiografías de los vencedores y de los vencidos en la Guerra civil. Hubo en Marañón apoyo claro (tal vez el más claro de cuantos de algún modo expresaron un similar apoyo en el campo de la “tercera España”) a la causa llamada nacional, pero, como atrás queda dicho, tal apoyo debe ser justamente comprendido como la opción del mal menor, como apoyo circunstancial que en modo alguno permite sostener la identificación o la adhesión ni con la causa nacional durante la guerra ni con el franquismo después de la guerra<sup>15</sup>. Es obvio que resulta mucho más fácil moverse dentro de una lógica binaria, como es la de las “dos Españas”, y que introducir los matices de la “tercera” complica los relatos dominantes y obliga a la investigación histórica a un salto de cualidad al que no siempre supo corresponder en pasado como se debe, es decir, con el debido respeto (historiográfico, que no necesariamente político) de todas las opciones del campo de estudio.

Tal vez sean los meses chilenos de Zambrano y los años parisinos de Marañón los más desatendidos de sus respectivos estudios. Nuestra historia pequeña no tiene la ambición de colmar esa falta, pero sí pretende contribuir con el estudio de su detalle a su mejor conocimiento.

#### 4. Escena segunda: la salida de España y el viaje sudamericano de Marañón en 1937

Marañón sale de España a primeros de diciembre de 1936. Lo hace acompañado de su familia y con las cartas en regla, autorizado por el gobierno republicano en base a una invitación cursada por las autoridades francesas para impartir una conferencia (Gómez-Santos 2001, 401). Ello no obsta para que fuera una salida preparada, y que la misma invitación fuera una cobertura (jugada al más alto nivel institucional, téngase en cuenta que Marañón era doctor honoris causa por La Sorbona) para poder salir de España sin problemas<sup>16</sup>. El viaje lo hace en barco desde Alicante: llega a Marsella el día 17 y el 19 ya está en París. Ma-

rañón aprovecha esa salida para instalarse en la ciudad del Sena y no volver a España: lo haría casi seis años después, cuando la Guerra civil había acabado desde hacía tres y la II Guerra mundial, que ya llevaba otros tres, presentaba aún un panorama incierto. Fueron años de exilio, conviene no olvidarlo.

Fue, en efecto, tiempo de exilio, aunque la historiografía dominante tienda a calificarlo de otro modo (o no lo califique y simplemente lo silencie o lo condene) y suela obstinarse en reservar la propiedad del nombre de exilio sólo para el de los vencidos en la guerra que salieron de España durante el otoño de 1938 y el invierno de 1939. Pero lo cierto es que hubo también un exilio en 1936, y en general coincide con la categoría de “tercera España”, por lo que se entiende bien la operación historiográfica de su silenciamiento y condena a través de una apropiación del concepto de exilio desde la que se da a entender, o se pretende, que el exilio sea sólo “en propiedad” el del final de la guerra. En propiedad, en cambio, cabe decir que la Guerra civil española provocó dos exilios, el del 36 y el del 39, y que son dos exilios que acabarán enfrentados y no podrán sumarse por el distinto posicionamiento de cada uno de ellos en la guerra, unos participando con uno de los bandos y otros que no participaron o lo hicieron en sordina y sin dejar de manifestar cierta distancia (aunque eso no signifique que no tuvieran sus preferencias, como bien vamos a ver en el caso de Marañón).

De la “tercera España” suele hablarse a veces en términos de “deserción” (de España o de la República), pero más acertado sería hablar, en propiedad, de deserción de la guerra, es decir, de la negación del espacio bélico como horizonte para la resolución del conflicto entre las “dos Españas”. En este orden de cosas, otro tanto sucede con el término de “salida” (de España): en general, la historiografía dominante califica de “fuga” o “huida” e incluso “traición” ese gesto o movimiento de los intelectuales de la “tercera España” con el que pusieron sus vidas al reparo de una guerra que decidieron no combatir. Tal vez los que la combatieron a uno y otro lado no les perdonen precisamente eso, que no la combatieran. Pero aquí no se trata de juzgar, sino de entender, cuanto menos de intentarlo, porque una cosa es el juicio político que se haga desde el horizonte de la guerra y otra bien distinta la justa comprensión de los hechos a la que el investigador está moralmente obligado. También en este caso la atención a los detalles es de

manes lleguen hasta aquí. / Así acaba este día. No es posible referir lo que ha pasado durante sus horas, iguales a las de todos los días, y, sin embargo, infinitas; no es posible referirlo con aliento heroico. Porque todo ha sido medurado, discreto, casi vulgar. No hemos visto heridos, ni apoteosis, ni gritos, ni entusiasmo, ni terror: nada, nada. / La emoción de un suceso que parecía imposible, la conquista de París, está ahogada por otra emoción mayor: la de ver que el fin de una época trascendente de la historia y el comienzo de otra, que nadie sabe cómo acabará, ha transcurrido con la misma sencillez con que pasamos la página de un libro, un poco cansados, antes de apagar la luz para dormir” (Marañón 1968, 662).

<sup>15</sup> Una similar posición, aunque expresada de manera más sutil, fechada en “París y diciembre 1937” fue la de Ortega (2005, 528): “El «totalitarismo» salvará al «liberalismo», destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios”. Ortega habla de “depuración” y Marañón a su vez de “purificación” (Marañón 1968, 385), pero el horizonte del pensamiento y el fondo de la expresión es el mismo.

<sup>16</sup> Aunque los hubo (Gómez-Santos 2001, 401; López Vega 2011, 270), porque el hijo de Marañón estaba en edad militar y de consecuencia no podía salir de España. El caso se resolvió porque Marañón padre le provocó una fiebre que necesitaba de sus cuidados médicos. Téngase presente que después Gregorio Marañón Moya, el hijo, desde Francia regresó a España para unirse al ejército de los militares sublevados.

extrema importancia, pues los nombres que damos a las cosas no son nunca inocentes y si no se anda con cuidado se corre el riesgo de meter la investigación por caminos condenatorios que lo son desde apriorismos difícilmente justificables.

Volvamos al Marañón recién llegado a París. En dos meses organiza o le organizan un viaje sudamericano que le llevará a Uruguay, Argentina, Chile y Brasil, un verdadero *tour de force* en el que llegará a impartir “cuarenta y cuatro conferencias en cuarenta días”, según él mismo dijo en una entrevista brasileña antes de emprender el viaje de regreso<sup>17</sup>. Las fechas del viaje (reconstruidas según los recortes de prensa conservados en el Archivo Gregorio Marañón) son las siguientes: el barco de ida sale el 25 de febrero de 1937 del puerto de Boulogne-sur-Mer con dirección a Montevideo, donde atraca el 12 de marzo, habiendo hecho escala en Lisboa el último día de febrero y el primero de marzo; y el de vuelta, a su vez, sale el 29 de abril de Brasil con dirección a Francia (adonde hubo de llegar a mediados de mayo). En medio están los desplazamientos sudamericanos: de Uruguay a Argentina, de Argentina a Chile, de Chile a Argentina y de Argentina a Uruguay y a Brasil. El 21 de marzo hace escala en Buenos Aires procedente de Montevideo y con dirección a Chile. En Santiago dicta tres apretadas conferencias y es recibido incluso por el presidente Arturo Alessandri Palma (con gran seguimiento y resalto de la prensa, como es fácil de imaginar). El 24 regresa a Buenos Aires y en los días siguientes dictará varias conferencias en prestigiosas instituciones, desde la Facultad de Ciencias Médicas al Teatro Politeama, recibiendo homenajes muy sonados en las sedes del Rotary Club y del PEN Club porteños, contando con el importante apoyo de la revista *Sur* de Victoria Ocampo (de la que será huésped en su mansión famosa de Mar del Plata). Señalamos sólo estas pocas fechas porque son las que más interesan a nuestro caso (téngase presente que el artículo

de Zambrano de nuestra pequeña historia, “Carta al Dr. Marañón”, se publica en Buenos Aires el 20 de marzo).

El viaje de Marañón hizo mucho ruido. Tal vez demasiado, sin duda más de lo que él mismo hubiera deseado. No era sólo el viaje de un científico eminente e intelectual de prestigio, ni se trataba tampoco, sólo, de las instituciones que lo acogían y de las personalidades que lo acompañaban y lo recibían, siempre del más alto rango institucional, político, científico y cultural<sup>18</sup>, sino que había más, sin duda, y era algo que tenía que ver con el interés por lo que estaba sucediendo en España y con las noticias que habían ido llegando (confusas en la superficie de la prensa de la época, aunque hoy nos pueda parecer todo bastante claro) relativas a su salida de España y a su apoyo al bando nacional. Ese ruido llegaba de lejos y estaba fundado en algunas declaraciones que Marañón había hecho poco antes del viaje y que había ratificado durante el viaje en la escala de Lisboa.

Demos un paso atrás para intentar reconstruir el ruido que en general acompañó a Marañón durante la entera gira sudamericana, pero que tuvo un énfasis especial en las dos orillas del Plata. A su llegada a Francia, ya en el mismo puerto de Marsella y después en París durante las primeras semanas, Marañón hizo algunas declaraciones que, aunque comedidas, eran críticas contra la República, o mejor: se posicionaban en contra de la gestión del conflicto por parte del gobierno del Frente popular. Decir que la desafección de Marañón cayó como un jarro de agua fría es poco y no da la medida del desconcierto y hondo malestar que produjo en el espacio republicano. Fue, sin duda, un durísimo golpe, pues venía de alguien muy reconocido internacionalmente y a quien internacionalmente era muy difícil poder calificar como simpático del fascismo<sup>19</sup>.

Los puntos más altos de las críticas de Marañón que pueden documentarse<sup>20</sup> son dos: una carta priva-

<sup>17</sup> De este primer viaje sudamericano de Marañón en 1937 (haría otro entre agosto y diciembre de 1939) se han ocupado Almodóvar y Warleta (1952, 269-278), Gómez-Santos (2001, 413-419), Pérez Gutiérrez (2009, 69-92), Delgado Gómez-Escalonilla (2010, 184-185), (Binns 2012, 70-73; y 2016, 30 y 48-49) y López Vega (2011, 276-279 y 329-330).

<sup>18</sup> En Uruguay fueron sus anfitriones Juan César Mussio Fournier, Ministro de salud pública y antes discípulo de Marañón en Madrid, Eduardo Víctor Haedo, Ministro de instrucción pública y previsión social, y el novelista Carlos Reyles; en Chile lo recibió el mismo Presidente de la República, el liberal Arturo Alessandri Palma, y fue su anfitrión Carlos Mönckeberg Bravo, primer decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, presidente del Consejo Nacional de Protección Maternal, director de la Clínica Obstétrica de la Universidad de Chile y miembro de la Real Academia de Medicina de Madrid (Krebs 1995, 355); y en Argentina estuvo siempre rodeado y presentado por personalidades de primera línea en el campo de las ciencias médicas y de la cultura, desde Bernardo Alberto Houssay, que después sería Premio Nobel de medicina en 1947, a Luis Mitre, director del diario *La Nación*, y a la ya citada Victoria Ocampo.

<sup>19</sup> Nótese que su paso por la cárcel como opositor de la Dictadura de Primo de Rivera había dado a su figura una carga simbólica tal de ser considerado representante eminente del liberalismo democrático y uno de los “padres de la República”. Tampoco debe pensarse que desde su llegada a Francia no hizo sino buscar la ocasión para hacer críticas a la República; no fue así: Marañón fue —es justo decirlo así— comedido, incluso discreto, pero sus declaraciones —por lo dicho sobre su figura simbólica y su reconocimiento— tenían una resonancia enorme, tanto dentro como fuera de España.

<sup>20</sup> En los artículos publicados por Marañón desde el inicio de la guerra hasta el momento de su salida no hay ninguna crítica directa ni indirecta a la República: “Médicos y curanderos”, *La Nación* (Buenos Aires), 16 de agosto de 1936; “La España de Quevedo”, *El Mercurio* (Santiago de Chile), 4 de octubre de 1936 (Marañón 1968, 303-305 y 307-310). Tampoco en los primeros desde su salida anteriores al viaje sudamericano: “Pasión y muerte de lo pintoresco”, *La Mañana* (Montevideo), 23 de enero de 1937; “Algo más sobre el Cigarral de menores”, *La Nación* (Buenos Aires), 31 de enero de 1937 (id. 311-312 y 313-318); ni tan siquiera en los dos artículos sobre Unamuno a raíz de su muerte en Salamanca el 31 de diciembre de 1936: “El ejemplo de Unamuno”, *El Debate* (Montevideo), 6 de febrero de 1937, y “Muerte y resurrección del profeta”, *La Nación* (Buenos Aires), 14 de febrero de 1937 (id. 319-320 y 321-324), aunque en este caso la evocación de la figura de Unamuno da pie para una manifestación no tanto larvada contra la guerra y en defensa de la paz, a la que sigue un genérico reconocimiento de sus propios errores que sólo a la luz de lo que dirá sucesivamente quedan suficientemente claros: “Unamuno había nacido en una guerra civil. La tenía clavada en el corazón, y deseaba una paz civil para los españoles. Después de sesenta años de lucha para conseguirlo, otra guerra civil le ha matado. [...] Quién sabe [...] si es éste el último acto del drama de nuestra lucha por la paz civil. [...] El profeta busca la paz y enciende el odio de los que guerrearán no por la paz, sino por la gue-

da que acabó siendo pública dirigida a Agustín Edwards Mac-Clure, embajador de Chile en Londres y representante de su país ante la Sociedad de Naciones, y una entrevista concedida por Marañón al escritor y cronista de guerra Louis Roubaud publicada en el diario *Le Petit Parisien* el 21 de febrero de 1937 (justo cuatro días antes de empezar el viaje sudamericano). En la “Carta a Agustín Edwards”, fechada en París el 24 de enero de 1937, Marañón hablaba de la situación general de la guerra y se detenía a comentar el caso de los asilados en las embajadas extranjeras en Madrid<sup>21</sup>. En respuesta a la carta de Marañón, el título del diario *ABC*, que fue quien recogió la noticia en la zona republicana y publicó la carta el 11 de febrero, fue de una muy contundente dureza: “El Doctor Marañón escribe una carta en París que le acredita como desleal y antipatriota”<sup>22</sup>.

El detonante principal fueron las declaraciones que Marañón hizo al diario *Le Petit Parisien* poco antes de iniciar su viaje sudamericano, declaraciones en las que vertía críticas contundentes a la República española y manifestaba sin ambages su apoyo al bando nacional. El artículo en cuestión se publicó en primera página y en domingo, es decir, con el mayor resalto posible, el 21 de febrero de 1937, lo firmaba el cronista de guerra Louis Roubaud y llevaba por título “La douloureuse confession du professor Marañón”. Allí dice, por ejemplo: “Ma verité, monsieur! C’est un act de contrition! J’ai été trompé, je me suis trompé”<sup>23</sup>. Sigue con un *mea culpa* en lo que considera un error intelectual y político, propio y de cuantos como él lucharon por el triunfo de la República (nótese que el artículo en cuestión llevaba como subtítulo, o

como continuación en carácter menor del mismo título, el atributo “fondeur de la République” aplicado a Marañón) y pasa después a un juicio completamente negativo de la degeneración republicana llevada a cabo por los líderes políticos de la izquierda revolucionaria. Cuenta el incidente de su señalación pública en el diario *Claridad*, algo que no duda en calificar como “un arrêt de mort” que atribuye directamente a Largo Caballero, y concluye defendiendo su sucesiva búsqueda de refugio fuera de España y su esperanza y convicción de una segura victoria de bando nacional, de cuyo lado se coloca de manera inequívoca: “La situation presente [...] ne permet pas de position intermédiaire. D’abord, les dés sont jetés. La victoire de Franco est certain” (Roubaud 1937a, 2).

No se trataba sólo de una crítica a la República en su momento de mayor debilidad y acoso (atrás queda dicho que ya al llegar a Francia había manifestado discrepancias en la gestión de la guerra con el gobierno republicano), sino de un apoyo claro y explícito al bando nacional—cosa que hasta entonces no había hecho— por parte de uno de los intelectuales españoles de mayor prestigio internacional. Hay que imaginarse el golpe en la zona republicana, el inicial estupor y desconcierto, y luego los corros y corrillos, juntas, asambleas, encuentros y maniobras para intentar poner en pie algo capaz de contrarrestar y acaso desactivar el alcance nacional e internacional de la entrevista de Marañón.

Ello fue lo que sin duda movió a una rápida respuesta en forma de manifiesto publicado en la prensa de Valencia y Madrid a primeros de marzo de 1937. Firmaban la “Contestación al Doctor Marañón” ilus-

rra. Ni en uno ni en otro bando le pueden comprender. Unos y otros dicen que les ha hecho traición; [...]. Permittedme que [...], recién venido de un país que está ardiendo, me atreva a proclamar mi error de haber servido a veces bajo las banderas de un humanismo que no era el humanismo verdadero” (id. 319-320). Sobre Unamuno volvió a escribir un año después en “Evocación aniversaria” (*La Nación*, 27 de marzo de 1938): “Creían los miopes que Unamuno cambiaba de posición; pero era, como él decía, «la posición» la que cambiaba. Nuestra posición no depende de nosotros, sino del ambiente. Y muchos hombres se parecen a los niños cuando desde la ventanilla del tren creen que corren las montañas” (id. 404).

<sup>21</sup> Agustín Edwards Mac-Clure (1878-1941), fundador del principal diario chileno, *El Mercurio*, en su calidad entonces de embajador en Londres y representante de Chile en la Sociedad de Naciones, de cuya Asamblea General había sido presidente en 1922-1923, intervino en la reunión del Consejo del 25 de enero de 1937 a propósito del caso de la salida de España de Salvador de Madariaga con el fin de “ilustrar la situación existente en Madrid”, pero dejando claro que se trataba de un ejemplo y que “hay otros casos dignos de atención”. Esto lo dijo por escrito pocos días después, en carta del 2 de febrero dirigida a la Sociedad de Naciones, precisando su discurso a la luz de las declaraciones de Julio Álvarez del Vayo (entonces Ministro de Estado en el segundo gobierno de Largo Caballero) negando la circunstancia referida por Edwards del caso Madariaga. La carta de Edwards la publicó el diario *El Mercurio* el 3 de febrero de 1937 con el siguiente titular: “En carta dirigida a la SDN, el Embajador Edwards precisa sus declaraciones sobre la forma en que Madariaga salió de España”. En esta carta Edwards hace referencia a otra a él dirigida de Marañón: “El día que salí de Ginebra recibí una carta del doctor Gregorio Marañón, conocido como uno de los hombres más distinguidos de España, que ha sido republicano y demócrata toda su vida. Incluyo un sumario de la carta del doctor Marañón y su traducción al francés”. En efecto, Edwards incluía la carta de Marañón como anexo a su carta a la Sociedad de Naciones; las cartas de Edwards y de Marañón fueron publicada en francés en *Journal des Nations* (Ginebra): la de Edwards el 3 de febrero de 1937 y la de Marañón, extractada, al día siguiente. Es decir, que lo más probable es que el original de la carta de Marañón a Edwards se filtrara al exterior desde la Sociedad de Naciones, publicándose después en la prensa española y americana. Sobre la “importante labor de obstrucción del delegado chileno, Agustín Edwards Mac-Clure, para la acción republicana [durante la guerra civil] en la Sociedad de Naciones” vid. Jorge (2016, 294 y sigs.). A poner en contacto a Marañón con Edwards fue Ramón Pérez de Ayala, quien había coincidido con él en Londres siendo embajador de la República española (Edwards llegaría en 1935 como embajador chileno). Nótese también que la dirección de *El Mercurio*, que como queda dicho había sido fundado por Agustín Edwards Mac-Clure, estaba entonces en manos de su hijo, Agustín Edwards Budge. Sobre la figura de Edwards Mac-Clure vid. Vial (2009). Agradezco a mi amigo Daniel Swinburn, editor de *Artes y Letras* del diario *El Mercurio*, y a la señora Francia Alvarado, documentalista del mismo diario, por la ayuda prestada en la reconstrucción de este detalle.

<sup>22</sup> Entre el título y la carta de Marañón iba la siguiente explicación condenatoria: “El doctor Marañón, que hasta hace poco residió en Valencia, presutando, según dijo, sus valiosos servicios al Gobierno de la República, se encuentra actualmente en París, a donde fue con el pretexto de dar unas conferencias en la Sorbona. Desde allí ha dirigido una carta a Agustín Edwards, que caracteriza a Marañón como un desleal y un traidor. / Quien como él pertenecía a un grupo antifascista de los que forman parte del Gobierno y ha aprovechado el título de *Raíz y decoro de España* para uno de sus libros, ha perdido su decoro propio al servirle a Agustín Edwards el venenoso enjuague de la carta que transcribimos [...]” (Marañón 1937, 11).

<sup>23</sup> El artículo circuló también traducido al español en varios medios sudamericanos. Allí se leía: “¿Mi verdad, señor? ¡Es un acto de contrición! Sí. Estuve engañado, me equivoqué”. Cobra así pleno sentido el “error” al que había aludido pocos días atrás en el artículo ya citado sobre Unamuno (Marañón 1968, 320).



tres personalidades del mundo de la cultura: un Premio Nobel, Jacinto Benavente, al que seguían, entre otros, Antonio Machado, Juan de la Encina, León Felipe, Victorio Macho, Antonio Zozaya, Tomás Navarro Tomás y José Fernández Montesinos. Hay que decir que la contestación, dadas las circunstancias, es de una rara elegancia, y aunque en ningún momento esconde desaciertos y excesos republicanos, lo que casi parece –sin serlo– una concesión a las declaraciones de Marañón, cuanto menos algún titubeo, a la postre denuncia con decisión y firmeza su cambio de bando. No tuvo que ser fácil escribirla, pues la mayoría de los firmantes habían tenido relación personal con Marañón (nótese sin ir más lejos que Machado fue quien presidió en Segovia el acto de presentación de la Asociación al Servicio de la República). La Contestación mira con nostalgia al que fuera adalid del “nuevo liberalismo”, censura su desafecto y condena su ingratitud con una República que con generosidad –dicen– le había permitido salir de España<sup>24</sup>.

Pero el caso es que las declaraciones de Marañón fueron ampliamente recogidas por la prensa internacional, sobre todo en lo que era la imponente cobertura informativa de su viaje sudamericano. Los titulares del caso eran de este cariz: “Gregorio Marañón cree en el triunfo del General Franco. Hizo declaraciones en Lisboa, donde se halla de paso para Sud América”; “Gregorio Marañón cree que los nacionalistas ganarán la guerra. Habla de la revolución en su patria”; “Marañón anticipa el triunfo de las fuerzas de Franco. El fracaso republicano”, etcétera. Este fue el ruido que acompañó como telón de fondo –pero a veces salía a la superficie de manera bien visible– cada uno de los actos de Marañón en Sudamérica. Decir que la cobertura informativa fue imponente no es exagerar nada, pues la prensa, incluso la radio en el caso de Argentina, fue dando noticia cotidiana con enorme resalto (con fotos y de manera destacada) de todos y cada uno de sus desplazamientos, conferencias, homenajes y demás, todo ello seguido por un muy amplio público que llenaba hasta abarrotar los espacios de las distintas actividades, ya fueran grandes teatros o modestas salas de hospital.

Ese ruido de fondo quedaba luego amplificado y cobraba un muy distinto sentido en función de la línea editorial que los medios de prensa habían adoptado ante la Guerra de España. Tampoco puede olvidarse que las comunidades españolas en América latina se habían dividido por efecto de la guerra en

simpatizantes y partidarios de uno y otro bando, y lo mismo, aunque con menor intensidad, pasó en las sociedades que acogían a las comunidades españolas. La guerra lo dividía todo dentro y fuera de España, y cabe decir que Marañón, por ello, procuró evitar hablar públicamente de política (tal era la recomendación de sus corresponsales argentinos ante lo que estaba sucediendo en Montevideo), al menos con la prensa, pero lo cierto es que la prensa hacía de cada ocasión un buen momento para preguntar por la situación de España.

No faltaron altercados y momentos de pública oposición a Marañón, como el ocurrido en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, donde se necesitó la intervención del anfitrión, Bernardo Houssay, para calmar la protesta<sup>25</sup>. La prensa lo dio con estos titulares: “Hubo tumulto en la Facultad de Medicina entre nacionalistas y antifascistas”, “Un conato de desorden”, etc. Es botón de muestra. En Montevideo, que fue la primera etapa de la gira de conferencias, tampoco faltaron. La revista *Acción*, promotora de la creación de un Frente popular en Uruguay y muy activa en la defensa de la República española, hizo campaña declarada contra Marañón, y lo mismo hizo la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores a través de su revista homónima subtitulada *Por la defensa de la cultura*, cuyo comité directivo firmó un durísimo editorial titulado “Ante la llegada del doctor Marañón” (Binns 2016, 82). La crítica más destacable de la orilla oriental del Plata fue sin duda la del ensayista Eugenio Petit Muñoz, a la sazón miembro del Consejo general del Comité Nacional pro defensa de la República española: su “Respuesta a Marañón” (id. 589-593) fue publicada en *España democrática* y era en efecto una muy dura contestación al artículo que poco antes había publicado allí Marañón en el diario *El Pueblo*, “Las pedanterías del crimen” (Marañón 1968, 325-327). En favor de Marañón, en cambio, se prodigaron: el novelista y ensayista Carlos Reyles, quien pronunció un emotivo discurso de bienvenida a Marañón en el homenaje organizado a su llegada, “La voz extinguida de Unamuno renace en Marañón”, publicado en el diario *El Pueblo*; Alejandro Gallinal Heber, simpatizante de Falange Española, con “Un día con Gregorio Marañón”, publicado en *La Mañana*; y Gala Placidia, firma importante del periodismo rioplatense, pseudónimo de Martha Costa de Carril, con “Oyendo al doctor Marañón”, publicado en *El*

<sup>24</sup> La “Contestación al Doctor Marañón” acaba con una curiosa referencia a Unamuno, sin que quepa pensar que los dos artículos publicados por Marañón en Montevideo y Buenos Aires sobre su reciente fallecimiento fueran conocidos en España (aunque tampoco pueda descartarse): “si su [de Marañón] conciencia de español, su angustia por la patria lo lanzan a las filas del general Franco, podría hallar un ejemplo que le sirviera de orientación en su conducta futura: el de Unamuno, muerto de dolor y de pena en la atmósfera irrespirable de la ciudad fascista de Salamanca” (Benavente *et al.* 1937).

<sup>25</sup> “En momentos en que el doctor Marañón entraba en el salón de actos de la Facultad acompañado por las autoridades de la casa, uno de los estudiantes que se encontraban esperando la iniciación de la disertación se adelantó hacia él y le dijo en voz alta, clara y subrayada por además decidido: «Dr. Marañón. No queremos interrumpir su conferencia, pero queremos dejar constancia de nuestro repudio hacia su actitud para la España republicana. La expresión fue seguida por numerosos gritos, entre los cuales pudieron distinguirse los de: Viva el fascismo, Viva el general Miaja, Viva el general Franco, Viva España republicana»” (Archivo Gregorio Marañón, Cuaderno recortes de prensa sobre Marañón 1937). También en Chile: “Al ir a dar una de sus conferencias en la clínica del profesor Monckeberg [...] fue abucheado por varios estudiantes que dieron «vivas a la República española» y «muera a los traidores»” (Pizarroso Quintero y Sapag Muñoz de la Peña 2012, 44).

*Pueblo* (Binns 2016, 622-625, 348-354 y 218-221 respectivamente).

Semejante fue el caso argentino, sobre todo porque no era un caso distinto: la frontera política entre Uruguay y Argentina era casi inexistente en el orden cultural y bien puede hablarse por ello de un espacio rioplatense que al menos entonces se desarrollaba en continuidad entre las dos orillas del Plata. Un caso emblemático en este sentido es el del empresario y periodista uruguayo Natalio Botana, fundador del diario *Crítica* de Buenos Aires. El diario de Botana fue sin duda, de entre los grandes periódicos americanos de la época, el que manifestó un apoyo más decidido a la causa republicana en la Guerra de España<sup>26</sup>: lo explicó en un editorial del 2 de septiembre de 1936 titulado “Por qué estamos con España” (Binns 2012, 232-233). Es obvio, pues, que fue crítico con el viaje de Marañón: en sus páginas se publicaron, entre otros de menor calado, el importante artículo de María Zambrano, “Carta al Dr. Marañón” (Martin Cabrero 2022b, 755-758), y otro de José Bergamín que era respuesta a las declaraciones de Marañón a *Le Petit Parisien*, “José Bergamín contesta al Dr. Marañón” (id. 747).

Pero lo que tal vez hizo más ruido del paso de Marañón por Buenos Aires fue la polémica (Binns 2012, 71-73) entre José Bergamín, “uno de los propagandistas más tenaces del Frente Popular” (Sánchez Rodríguez 2011, 36), “el escritor más influyente en el sesgo intelectual de la guerra” (Trapiello 2021, 130), a la sazón presidente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y Victoria Ocampo, directora y *alma mater* de la prestigiosa revista *Sur* y animadora principal de la vida cultural porteña. Ocampo fue en efecto una de las principales anfitrionas de Marañón en Argentina: no sólo Marañón y su hija, con quien viajaba, fueron sus huéspedes en su lujosa mansión de Mar del Plata, acaso en el único breve período de descanso que tuvo la gira (al volver de Santiago de

Chile y antes de empezar el apretado programa de Buenos Aires), sino que tal vez fue la conferencia organizada por la revista *Sur* la de mayor impacto y resonancia<sup>27</sup>. Bergamín, que seguía el viaje de Marañón con especial interés y estaba en contacto con Zambrano (que ya había publicado en *Crítica* su carta contra Marañón), publicó en *El Mono Azul* (1 de mayo de 1937) una muy dura carta abierta a Victoria Ocampo (publicada también en *Crítica* el 10 de mayo) en la que la acusaba de “cómplice suyo [de Marañón] y enemigo nuestro. Enemigo del pueblo español. Enemigo de España” (Bergamín y Ocampo 1937, 67). A Ocampo la carta de Bergamín le molestó mucho, tanto que decidió publicarla junto a otra suya de respuesta en el número de mayo de *Sur* en la que denunciaba en Bergamín, dándole acaso donde más había de dolerle, escaso espíritu cristiano y poca sensibilidad y respeto en el trato de igualdad entre los sexos<sup>28</sup>. El cruce de cartas entre Bergamín y Ocampo se prolongaría más tarde con la intervención del filósofo mexicano Aníbal Ponce: “Victoria Ocampo, Bergamín y Marañón” (Binns 2012, 72). Fuera de la controversia, pero en fondo muy en relación con lo que estaba pasando en Buenos Aires como reflejo de lo que pasaba en el mundo, intervino en el siguiente número de *Sur* el historiador José Luis Romero (hermano del filósofo orteguiano Francisco Romero) con un artículo titulado “Sobre el espíritu de facción”.

Es claro que no faltaron voces a favor de Marañón en Buenos Aires, ni prensa que cubría con favor su viaje (téngase en cuenta que Marañón colaboraba desde antaño con *La Nación* y que su director, Luis Mitre, le profesaba sincera admiración), pero lo que no se logró, sobre todo en el espacio rioplatense<sup>29</sup>, y en esto el ruido de fondo al que hemos aludido jugó un papel de notable importancia, fue algo que tanto Marañón como sus anfitriones deseaban evitar: separar la visita y las conferencias de Marañón de lo que estaba pasando en España<sup>30</sup>. Tal vez no era posible,

<sup>26</sup> Se lo reconocieron desde las páginas de *El Mono Azul* (n. 16, 1937) en un saludo a su corresponsal de guerra: “También se encuentra con nosotros el escritor Córdova Iturburu, argentino [...]. Viene como enviado de *Crítica*, uno de los periódicos más importantes de su República”.

<sup>27</sup> La conferencia llevaba por título “Soledad y libertad” y se pronunció el 2 de abril de 1937 en el Teatro Politeama de Buenos Aires; fue replicada una semana después, el día 9, en el Teatro Sodre de Montevideo, y sucesivamente recogida en el libro *Vida e historia* (Marañón 1967, 425-442; y 1973, 103-119).

<sup>28</sup> “A mi manera de mujer he leído su carta y a mi manera de mujer la contesto. / Puedo asegurarle que he sufrido por mis convicciones y que estoy dispuesta a seguir sufriendo por ellas. De muchos modos. Y a mi manera de mujer responsable. Podré equivocarme como nos equivocamos todos. Pero nunca por frivolidad o snobismo. Mis defectos van en otro sentido. / Yo creo que usted achica las cosas al decir que luchar con el pueblo español, por su libertad e independencia *es quedarse en España*. Yo diría más bien que es salir de España al mundo, como no supieron hacerlo los conquistadores de América. Yo diría que es sentir que la fraternidad humana no debe conocer fronteras. Luchar con el pueblo español es luchar con todos los pueblos de la tierra o no es nada” (Bergamín y Ocampo 1937, 74). Hay que decir que el título de Bergamín en *El Mono Azul* era “«Hasta la muerte». Carta abierta a Victoria Ocampo”, mientras que en *Sur* aparecía dentro de un título general, “Cartas abiertas”, que comprendía dos secciones, una para cada carta: “De José Bergamín a Victoria Ocampo” y “De Victoria Ocampo a José Bergamín”. Huelga comentar nada de la elegancia o de su defecto en una y otro.

<sup>29</sup> Las etapas de Chile y Brasil son en este sentido semejantes, aunque tal vez tuvieron menor intensidad: en el caso de Chile porque la visita fue muy breve y en el de Brasil porque era ya la parte final del viaje y las mayores energías, sobre todo por lo que se refiere a la protesta, se habían puesto al principio en las dos etapas rioplatenses. En Chile contó con el apoyo del diario de mayor difusión e influencia, fundado como atrás queda dicho por Agustín Edwards Mac-Clure y entonces dirigido por su hijo Agustín Edwards Budge, *El Mercurio* (en cuyas páginas apareció una larga entrevista firmada por Juana Quindos de Montalva, escritora y periodista española afincada en Chile que había sido corresponsal de Unamuno), y tuvo en contra diarios y revistas de izquierda como *Onda Corta* y *Frente Popular*.

<sup>30</sup> Un excelente botón de muestra es el relato del corresponsal argentino en España del diario *Crítica* durante la guerra (y nótese que se publica en *El Mono Azul* del 1 de mayo de 1937): “en la Argentina, mi pueblo, el pueblo argentino, está con el pueblo de España, y de él espera la salvación del mundo [...]. Por eso lo mejor de la inteligencia argentina –sus intelectuales, sus poetas, sus artistas– están con la auténtica España, con la España leal. [...] Ni importa mucho por eso tampoco la hospitalidad de tribuna y de negocio de boletería que Victoria Ocampo brinda a Gregorio Marañón, ese otro mal español. [...] Lo que importa y lo que algo significa es la actitud de lucha en pro de España de los intelectuales argentinos y las

pues lo cierto es que la Guerra de España tuvo un enorme impacto internacional tal que no permitía indiferencias o segundos planos y por lo general entró en el imaginario de las sociedades de la época como algo que iba más allá del caso español y en el que acaso se jugaban los destinos del mundo entero (Moradiellos 2001, Barchino 2013, Binns 2012 y 2016).

### 5. Intermedio en Madrid: retrospectiva de los años finales de la Dictadura y primeros de la República

Si en el gozne de los años que van de 1913 a 1915 se jugó el recambio generacional en el liderazgo del campo de la cultura en España entre las llamadas generaciones del 98 y del 14 (los actos fueron el Homenaje a Azorín en Aranjuez, la fundación de la Liga de Educación Política Española y la creación de la revista *España*), en los años de la República, acentuándose a medida que avanzaban, iba a llevarse a cabo no ya un recambio, sino el derrocamiento de la generación del 14 por obra de la más joven del 27 o del 30 o de la República o como se la quiera llamar. La relación entre los maestros y los discípulos es siempre compleja y suele generar defraudación entre los más jóvenes (Zagrebelsky 2019). En España, en esos años a los que aquí nos estamos refiriendo, no faltaron nunca o casi nunca las muestras de respeto hacia los líderes de la generación del 14, pero lo cierto es que la acción de los más jóvenes fue en muchos casos un consistente ataque a la línea de flotación del orden cultural y político del que el 14 era expresión cabal y plena. Tal es, por ejemplo, *El nuevo romanticismo* de Díaz Fernández con relación a *La deshumanización del arte* de Ortega y Gasset; y lo ilustra muy bien un título de José Carlos Mainer, *La corona hecha trizas*, corona que hace referencia no a la de Alfonso XIII sino a la de Juan Ramón Jiménez en el orden de la poesía (algo que podría llevarse hasta la de Ortega en el orden intelectual). Porque si bien es cierto que hubo una *koiné* orteguiana a la que los jóvenes contribuyeron (Martin Cabrero 2022d, 230-235), no es menos cierto que en ella también se jugó al descazamiento de los maestros y al cuestionamiento de su liderazgo, sobre todo a partir de los resultados del proceso constituyente de la República, en los que la

acción parlamentaria de la Agrupación al Servicio de la República (fundada por Ortega, Marañón y Pérez de Ayala) apenas pudo pesar frente a los grandes partidos, y más aún tras los sucesos revolucionarios de 1934 en Asturias.

Zambrano y Marañón están ahí, en ese complejo contexto de relación intergeneracional<sup>31</sup>, si bien hay que decir que la joven Zambrano siempre se mostró extremadamente prudente en las críticas hacia sus maestros y nunca dejó de reconocer el magisterio de Ortega en su camino de pensamiento. Marañón, por su parte, desde el viaje a Las Hurdes de 1922 (López Vega 2011, 142-147) y sobre todo desde su oposición sucesiva a la Dictadura de Primo de Rivera (id. 151-158) se había convertido en una figura intelectual de muy principal importancia: su acercamiento a la “cuestión social” desde las ciencias y no desde las ideologías hacían que su voz fuera por doquier en esos años escuchada al menos con respeto, y en muchos casos son sincera admiración.

Ese Marañón fue para Zambrano un referente intelectual, una personalidad enormemente respetada, una suerte de guía para los sectores universitarios de la juventud entre los que ella se movía en Madrid en los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera y en el advenimiento y despliegue de la República en sus primeros años de vida. Marañón está entre los llamados “maduros” a los que acuden los más jóvenes en 1928 (entre ellos también Zambrano y en posición principal) para solicitar consejo y ayuda (Zambrano 2014, 870-872). De aquel encuentro saldría la fundación de la Liga de Educación Social (Moreno Sanz en Zambrano 2015, 9), que guardaba no poco parentesco con la orteguiana Liga de Educación Política Española de 1914. En su primer libro, *Horizonte del liberalismo*, publicado en 1930, Zambrano busca dar sustancia a un “nuevo liberalismo” acorde con los nuevos tiempos y con el espíritu de la nueva juventud, pero es claro que el liberalismo de base, que se discute en el sentido de querer ampliarlo, es el de Ortega, sin duda, pero también el de Marañón<sup>32</sup>. Y también hay que tener en cuenta que algunos títulos de Marañón fueron decisivos en aquellos años en la formación de la joven generación de 1930: piénsese, por ejemplo, en *Sexo, trabajo y deporte* o en *Tres ensayos sobre la vida sexual*.

silbatinas y pateos con que los estudiantes de Buenos Aires –como sus camaradas de Chile y del Uruguay– han saludado a Marañón en sus tentativas, ruidosamente fracasadas, de pronunciar conferencias” (Córdoba Iturburu 1937).

<sup>31</sup> “Las divergencias eran [...] profundas, pero durante un tiempo se hubiera podido pensar que viejos y jóvenes podían convivir, al menos en el orden de la literatura y el arte. Tal vez de 1923 a 1933. Desde la fundación de la *Revista de Occidente* a la de *Octubre*. Entre el liberalismo de la primera y el radicalismo de la segunda, hubo un terreno neutral, una tierra de todos, más que una tierra de nadie, que se llamó *La Gaceta Literaria*” (Trapiello 2021, 37). Confirma esa colaboración intergeneracional la propia Zambrano, y lo hace con relación al “encuentro” de 1928 en el Merendero La Bombilla (y de seguro en ella no valdría para después de 1934): “no se habían unido a partir de un sentimiento de rebeldía, de rebelión contra «los mayores», no habían partido «al derrocamiento de los viejos valores» para instaurar los propios, en busca de «nuevos derroteros». Ciertamente la palabra «nuevo» acudía con mucha frecuencia a sus labios. Pero ese «nuevo» debía de querer decir otra cosa [...]. Y eso era, debía ser lo nuevo. Esta ansia de convivencia profunda, de integración, de orden” (Zambrano 2014, 874).

<sup>32</sup> En 1928 el joven César Arconada, que llegaría a ser redactor jefe de *La Gaceta Literaria*, se expresaba de este modo: “Ante todo es necesario sentar este principio: en el momento actual los que se llaman liberales son los retrasados, los reaccionarios [...]. Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa, menos tener ideas liberales. Para un joven nada más absurdo, más incomprensible, más retrógrado, que las ideas políticas de un doctor Marañón, de un Castrovido”. Lo reproduce Andrés Trapiello (2021, 41), quien en la misma página añade: “Es obvio que quien decía una cosa así no debía de saber qué significaba ser comunista, ser fascista ni liberal, y tal vez ese desconocimiento de las cosas les llevara a unos y a otros a las trincheras”.

Este intermedio era para poner sobre aviso al lector de cuán difícil, incluso doloroso, tuvo que ser para Zambrano el ajuste de cuentas que iba a acometer en la escritura de su “Carta al Dr. Marañón”. Y conviene a este punto no perder de vista que la Carta de Zambrano a Marañón trasciende sus figuras y la ocasión de la misma y en fondo es también un ajuste de cuentas intergeneracional en el espacio intelectual de la Guerra de España.

## 6. Escena tercera: la “Carta al Dr. Marañón” de Zambrano

La “Carta al Dr. Marañón” es un artículo en forma de carta abierta que se publicó el sábado 20 de marzo de 1937 en el diario *Crítica* de Buenos Aires<sup>33</sup>. Es digna de nota la puntería de Zambrano, pues a Marañón se le esperaba en dicha ciudad de Buenos Aires justo al día siguiente. Zambrano, de seguro en acuerdo y concierto con Rodrigo Soriano, el “embajador rojo” que el gobierno de la República había puesto al frente de la legación diplomática en Santiago de Chile (Martin Cabrero 2022b, 744-745), se mueve y actúa para contrastar la voz y el gesto de Marañón que iban

a ser noticia inevitable durante las semanas siguientes, al menos cuanto duraran las etapas chilena y argentina de su viaje. El espacio de la Carta es, pues, en primera instancia, el del ruido mediático del viaje. Es obvio que, de publicarse en Chile, habría creado problemas en la Embajada española y hubiera resultado muy inoportuna debido a la labor diplomática del marido de Zambrano<sup>34</sup>. Argentina, en cambio, no ofrecía problemas de ese tipo<sup>35</sup>, y podía ser incluso estratégicamente más acertado publicarla en Buenos Aires, sobre todo por el papel preponderante y la distribución transnacional de la prensa argentina de la época; a lo que se añadían aún dos aspectos más a tener en cuenta: que la etapa argentina del viaje de Marañón iba a ser más importante que la chilena, al menos en el número de conferencias y en el tiempo transcurrido, y que Zambrano ya había empezado a colaborar con el diario *Crítica* desde principios de ese mismo mes de marzo<sup>36</sup>.

La acción (de propaganda) de Zambrano contra la propaganda del bando nacional en ocasión del viaje de Marañón no se limitó a la escritura y publicación de su artículo “Carta al Dr. Marañón”, sino que supo aprovechar su canal de comunicación con el diario argentino para que publicaran poco después del suyo

<sup>33</sup> El detalle de este descubrimiento (Martin Cabrero 2022b) permite reconstruir su biografía editorial, primero como artículo de periódico y sucesivamente como capítulo de libro:

- *Crítica* (Buenos Aires), 20 de marzo de 1937;
- *Los intelectuales en el drama de España*, Santiago de Chile, Panorama, 1937, pp. 42-51 (reimpr. id., pp. 42-50);
- *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, Madrid, Hispamerca, 1977, pp. 57-66;
- *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 1998, pp. 115-122;
- *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, ed. de A. Sánchez Cuervo, en M. Zambrano, *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 172-179.

De la exclusión de la “Carta al Dr. Marañón” de la edición de *Senderos* (1986) cabe decir que no debe tomarse como una corrección de la autora a su decisión de incluirla en *Los intelectuales en el drama de España*, decisión tomada en 1937, en la hora de la primera edición del libro chileno, y mantenida en 1977, en la hora de la segunda, pues, como la propia Zambrano dice en el prólogo del 6 de septiembre de 1985, “no se trata en verdad del mismo libro” (Zambrano 1986, 7). Luis Ortega (2022, 46 nota n. 21) da noticia también de su publicación en traducción catalana: “Durante nuestra investigación hemos podido comprobar como la carta sí fue publicada en nuestro país en un semanario barcelonés llamado *El Mirador*. Al tratarse de una publicación enteramente catalana, el artículo en cuestión aparece traducido bajo el título «Carta oberta al Dr. Marañón» en su número 418 de 29 de abril de 1937”. En época reciente, fuera de las ediciones ya citadas de *Los intelectuales en el drama de España*, la “Carta al Dr. Marañón” también fue incluida como apéndice en la antología *Las palabras del regreso* llevada a cabo por Gómez Blesa (Zambrano 2009, 325-332).

<sup>34</sup> Nótese que en Chile, como atrás queda dicho, Marañón iba a ser recibido por el mismo presidente Alessandri Palma, que las relaciones entre los gobiernos de las repúblicas española y chilena no eran buenas desde el inicio de la guerra y que, además, a nivel personal, Arturo Alessandri Palma y Rodrigo Soriano no congeniaban: “[Alessandri] advertiría al embajador Soriano de que, de continuar influyendo en la situación interna de Chile, le expulsaría de inmediato del país pese a la vieja relación que mantenían [Chile y España]” (Jorge 2016, 460). De aquellas tensiones entre la Embajada de la República española en Chile y el gobierno chileno dejó constancia la propia Zambrano poco después de acabar la guerra en el prólogo a *Filosofía y poesía*: “En el instante mismo en que subíamos las escaleras del edificio de la Embajada, bajaba el embajador, quien nos dijo «no deshagan ustedes las maletas, que me acaba de llamar el Presidente de la República, para romper relaciones con España». No fue así, una vez más, pero la amenaza estaba en pie” (Zambrano 2015, 684). Soriano, en efecto, desde su llegada a Chile, había trabajado en favor de la constitución y desarrollo del Frente popular chileno (Jorge 2016, 457), muy inspirado en el español y en el francés y claramente opositor del gobierno de Alessandri Palma (Milos 2008): nótese también, sobre todo en perspectiva (pues se percibe la acción de Soriano), que el Frente popular chileno liderado por el radical Pedro Aguirre Cerda iba a ganar las elecciones de 1938, una fecha tardía para la suerte de la República española en la guerra, pero que acabaría teniendo un hondo significado en el capítulo del exilio (Martin Cabrero 2019 y 2022e). Para la acción diplomática de Soriano en el contexto de la política exterior de la República vid. Aróstegui (2010) y Viñas (2010).

<sup>35</sup> Téngase en cuenta que el embajador de España en Argentina, Enrique Díez-Canedo, había dimitido en febrero de 1937, y que hasta junio de 1938 no iba a llegar el nuevo embajador, Ángel Ossorio y Gallardo; es decir, que el paso de Marañón por Argentina se produjo dentro de una suerte de vacío de poder en la Embajada española.

<sup>36</sup> En efecto, los días 5 y 6 se publicaron sendos artículos, “Los intelectuales en la lucha de España” y “Los intelectuales en la guerra española”, los cuales se ofrecían como primera y segunda parte de una serie que continuaría con otro, “La Hora de España” (21 de marzo), a su vez antecedido por la “Carta al Dr. Marañón” (20 de marzo). Esta serie de los artículos publicados en *Crítica* pasaría después a ser la segunda parte del “libro chileno” de Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España* (para las correspondencias entre los artículos y el libro vid. Martin Cabrero 2022b, 739-744). El diario *Crítica* fue para Zambrano un indudable salto en sus publicaciones chilenas, sobre todo por la amplitud de la tirada y la difusión transnacional que el diario argentino daba a sus escritos. En Chile había colaborado con *La Mujer Nueva*, *Frente Popular* y *Onda Corta* (Soto García 2005; Sánchez Cuervo y Hernández 2014), todos ellos diarios ligados a la izquierda chilena y con escasa difusión fuera de su ámbito ideológico de referencia. Al diario *Crítica* (cuya cabecera añadía el subtítulo de *Diario ilustrado de la noche, impersonal e independiente*) Zambrano llega a través de la relación de amistad entre Rodrigo Soriano y Natalio Botana, quienes se habían conocido en el exilio uruguayo del primero durante la Dictadura de Primo de Rivera (Martin Cabrero 2022b, 746).

el artículo ya citado de Bergamín, su amigo y compañero de generación, su director en la revista *Cruz y Raya*, su presidente en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, escrito también en respuesta a las declaraciones de Marañoñ antes del viaje: “José Bergamín contesta al Dr. Marañoñ” (*Crítica*, 7 de abril de 1937). Bergamín, en efecto, había sido entrevistado por el mismo Louis Roubaud de la entrevista a Marañoñ, pero la suya –según consta en el inicio del artículo de *Crítica* y el mismo Roubaud escribe al final del suyo– no se pudo “dar íntegramente”<sup>37</sup> en *Le Petit Parisien* (4 de marzo de 1937). De seguro que este inconveniente, acaso teñido de la sospecha de censura o algo peor, en lo que era el intento de Bergamín de rebatir a Marañoñ en el mismo diario y terreno de juego, movió a Zambrano para que la entrevista a Bergamín pudiera publicarse íntegra en las páginas de *Crítica*, de modo que, junto al suyo, publicado dos semanas atrás, fuera una caja de resonancia contra la propaganda del bando nacional en los países del viaje sudamericano de Marañoñ. Era un modo también, por parte de la joven generación, de sumarse a aquel manifiesto de los mayores anteriormente citado, “Contestación al Doctor Marañoñ” (Benavente *et al.* 1937), acaso haciendo de sus figuras durante la Guerra de España nuevos puntos de referencia de una juventud que se sintió abandonada, incluso defraudada<sup>38</sup>, por sus maestros (en Zambrano es muy claro con respecto a Ortega, por ejemplo, y

cómo en esta época es Machado quien para ella se convierte en guía y mentor, vid. en propósito Martin Cabrero 2022a).

Para la escritura de “Carta al Dr. Marañoñ” Zambrano va a tener presente tanto la entrevista de *Le Petit Parisien* cuanto la carta a Agustín Edwards antes citadas<sup>39</sup>: documentos ambos de primera mano que dejaban oír clara la voz de Marañoñ tras su salida de España. A la de Marañoñ, Zambrano opone la suya y teje una argumentación que acaba en denuncia de los que ella llama entonces “neutrales” y hoy solemos comprender desde la categoría de “tercera España”. No hay en Zambrano en esta hora sino condena de esa posición de Marañoñ, dejando claro que no es sólo contra Marañoñ contra quien ella escribe, sino que implícitamente lo hace también contra sus maestros: contra el silencio de unos y el apoyo explícito a los militares sublevados de otros. No hay para ella comprensión posible en esta hora para las posiciones intermedias<sup>40</sup>, algo que, acabada la guerra, cambiará en su ánimo y en su pensamiento, como muestran los escritos de poco sucesivos “Los intelectuales en el drama español. Los que callaron. Ortega y Azorín” y “Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio” (Zambrano 2014, 259-272). Pero esto es, claro está, otra historia: no de la guerra, sino que se abre sólo cuando acaba la guerra y tiene que ver con la experiencia del destierro y del exilio<sup>41</sup>.

<sup>37</sup> “Je m’excuse auprès de José Bergamín de ne pas reproduire la seconde partie de ses déclarations, qui instituent une polémique personnelle entre le grand savant et le célèbre écrivain. Mais *Le Petit Parisien* devait à son objectivité de faire entendre dans un débat aussi douloureux sur la position des intellectuels dans la guerre d’Espagne le voix contradictoires de deus frères et confrères ennemis” (Roubaud 1937b). “El periódico *Petit Parisien* ha publicado una conversación conmigo en la que su autor M. Roubaud me presenta excusas por no haberla podido dar íntegramente. Como a esta conversación se la llama o considera respuesta a otra del Dr. Marañoñ publicada en el mismo periódico unos días antes, no me parece enteramente justo que se hayan excluido de mi réplica, precisamente aquellos extremos que *desmentían* de modo terminante algunas de las *afirmaciones* del médico español” (Bergamín 1937). Nótese que pocos meses después, durante el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, Bergamín se haría protagonista del feroz ataque contra André Gide por sus críticas a la Unión Soviética (Sheridan 2003).

<sup>38</sup> A ese sentimiento de defraudación de los más jóvenes con relación a los mayores (sentimiento real porque efectivamente sentido en sus vidas, aunque ello no necesariamente tenga que significar que pueda imputarse a la acción/inacción de los mayores) respondió haciéndose cargo en primera persona Marañoñ en “La generación defraudada”, *La Nación*, 30 de diciembre de 1937 (Marañoñ 1968, pp. 387-390).

<sup>39</sup> Es bastante probable que Zambrano también conociera la “Contestación al Doctor Marañoñ” firmada por Benavente *et al.*, y es posible también que ya hubiera leído la entrevista de Bergamín a *Le Petit Parisien* que luego se publicaría, de seguro por intermediación suya, en *Crítica* el 7 de abril. Las fechas lo consienten: 6 de marzo para la primera y 4 de marzo para la segunda. En cualquier caso, en la Carta de Zambrano a Marañoñ no hay referencias directas o indirectas a estos textos, mientras que sí las hay –sobre todo implícitas– a los otros dos apenas citados: la entrevista de Marañoñ a *Le Petit Parisien* y la carta a Agustín Edwards.

<sup>40</sup> Así en la Carta a Marañoñ: “Comprendo hasta cierto punto su drama, el drama de quien busca la verdad y cree que la va a encontrar «a la vuelta de la esquina», el drama de la sensibilidad que no tolera el dolor y no sabe que la justicia está a veces unida a inevitables dolores. Lo comprendería, lo he comprendido mientras a Ud. no se le ha ocurrido levantar su voz lamentando unos dolores y silenciando otros infinitamente mayores; protestando de unas injusticias y callando otras incomparablemente más inhumanas. Ahora ya no puedo comprenderlo” (Zambrano 2022, 757).

<sup>41</sup> El último de los editores de *Los intelectuales en el drama de España* dice en nota (Zambrano 2015, pp. 889-890) con relación a estos dos textos que en ellos Zambrano “[se reafirma] en su visión crítica de Marañoñ y del perfil ideológico que tan bien encarnaba”. Algo hay de ello, sin duda, algo que se reafirma y que tiene que ver con su implícita crítica de la “tercera España”; pero hay, también, algo que va más allá de la mera reafirmación de su posición en la “Carta al Dr. Marañoñ”, algo que es precisamente lo que constituye el *porqué* de la escritura de esos dos textos de poco sucesivos pero muy distantes en cuanto a horizonte de escritura: ¿por qué se escribe? no es nunca una pregunta banal en Zambrano, como bien se sabe, porque ese *porqué* siempre obedece a algo, algo que no es –que no puede ser– la mera repetición de lo mismo. En el decir del filósofo, o de la filósofa, como es nuestro caso, tan importante es atender a lo que dice como a la forma en que lo dice: tanto como el *qué* importa el *cómo* (sí, también para la filosofía). Es, pues, de notar que el *cómo* dice las cosas Zambrano es distinto en la Carta de 1937 y los dos textos sucesivos. Y ello aunque no sea más que por el hecho de que responden a dos situaciones distintas, como son en un caso el decir en la guerra y en otro el decir acabada la guerra. Dos situaciones vitales que hacen cambiar los acentos y los matices de lo que se dice, y donde los detalles desvelan una voluntad de comprensión de Zambrano después de la guerra que en modo alguno estaba presente en la Carta de 1937 (el “odio” del final cierra el camino de toda posible comprensión). Comprender, claro está, no es justificar, pero sí es una operación hermenéutica que engrandece el juicio, cualquiera que éste sea. La “Carta al Dr. Marañoñ” fija una posición de trincheras, y ésta no es sólo ideológica sino también intelectual (de “razón armada” y de “razón militante” habla precisamente en textos que acompañan a la Carta en su configuración libresco), mientras que la Zambrano que habla después de la guerra lo hace desde una posición que ha abandonado las trincheras y se ha separado de las ideologías a las que tanto se acercó durante su estancia chilena. Nótese también, en propósito, la evocación simpatética que Zambrano hace de Marañoñ en *Delirio y destino*; se refiere al Marañoñ del encuentro de 1928 entre los “jóvenes” y los “maduros”, claro, pero la escritura es sucesiva a la guerra y ya plenamente instalada en el espacio del

La Carta de Zambrano es episódica y circunstancial, claro está, en el sentido de que no se hubiera escrito si no hubieran concurrido las circunstancias del viaje de Marañón y de la estancia chilena de Zambrano, pero no es ajena por ello al desarrollo de la escritura y del pensamiento de Zambrano en esos primeros meses de la guerra, incluso podría decirse que la “Carta al Dr. Marañón” corona la serie de artículos que Zambrano publica en el diario *Crítica* sobre la situación de los intelectuales en la Guerra de España<sup>42</sup>.

La Carta<sup>43</sup> arranca explicitando el deseo o la necesidad de fijar posiciones en la hora definitiva de la guerra, pero enseguida se entiende que es algo que trasciende lo personal: detrás de Zambrano hay un “nosotros” (que es expresión generacional: nosotros los jóvenes, “los que quedamos de este lado, en las trincheras del pueblo”) y detrás de Marañón hay un “ustedes” (que también es generacional: ustedes que fueron nuestros maestros, “de quienes hemos esperado tanto y por diversos sucesos, entre ellos la muerte, el silencio o la deserción neutral, quedan para siempre separados de las que van a ser nuestras tareas”<sup>44</sup>). Esa “fijación de posiciones”, como la llama ella, incumbe los años de la II República, todos ellos, pero sólo a la luz sucesiva que arrojan los hechos consumados de la guerra. Es decir: la guerra tiene en Zambrano un efecto catártico al servicio del desvelamiento de la verdad (entendida como *alétheia*, algo propio de la *koiné* orteguiana). Lo había dicho con énfasis en el cierre de su primer artículo de la guerra: “esta verdad que sólo al pueblo puesto en pie se muestra” (Zambrano 2015, 299). La guerra –indeseada, sin duda, indeseada tanto para Zambrano cuanto para Marañón– deviene, pues, luz que opera un desvelamiento de verdades que permanecían ocultas en el fondo de la historia de España<sup>45</sup>.

Habla Zambrano de una “conciencia humana” que estaba ya en crisis antes de la guerra, algo que desemboca en lo que llama la “imposibilidad de comunicación que tenía lugar entre los españoles”<sup>46</sup>. Es, pues, una imposibilidad de la que se certifica el hecho (“tenía lugar”, dice). Este es el punto de arranque de la Carta: la certificación de la incomunicabilidad y falta de diálogo que dominaban las relaciones entre los españoles (todas ellas y entre todos, también, pues, en lo que hace a las relaciones intergeneracionales). Pero de paso dice también otra cosa sin duda muy importante para entender el desarrollo de su pensamiento: “la catástrofe [de la guerra] nos ha alumbrado una nueva fe” (nótese que no dice ‘me’, sino ‘nos’, lo que testimonia la voluntad generacional de la carta de Zambrano). Y se trata de una nueva fe que –dice– habrán de defender la “sangre derramada” y el “dolor alerta de todo un pueblo”, y que la inteligencia “tendrá que cuidarla y repararla de todo lo que sin ser ella misma se le parezca o quiera confundirse con ella”. La guerra es, pues, luz que alumbró una nueva fe: la fe en el pueblo, como luego se verá.

La Carta sigue con la señalación del hecho: “Este es el hecho”, dice Zambrano, como si con ello quisiera descender a un nivel de la realidad efectiva que a sus ojos no podía ser objeto de debate o disputa. Es su manera de fijar posiciones en la carta: se parte del hecho, de lo que para ella es “el hecho” (lo que antecede en la carta es a modo de introducción, a modo de marco o encuadre). Y el hecho es para ella algo “sin precedentes” en la historia: la “connivencia” de “un grupo de ciudadanos de un país [...] con otros países, con la codicia y ambición de otros países, para que invadan el propio con tal de tomar el poder”. Es clara la alusión al bando nacional con relación al fascismo italiano y al nazismo alemán, y es una idea que ya había salido en el primero de los artículos publica-

---

exilio: “lo escribí en La Habana al comienzo de los años cincuenta” (Zambrano 2014, 841). Allí se refiere a Marañón como al “personaje más brillante” o como al “brillante doctor y escritor” (id. 871 y 872), y no se trata sólo de una escritura que quiere ser justa con el momento que evoca, anterior a la guerra, algo sin duda encomiable, sino de una escritura que, además, dice o muestra inevitablemente también del presente desde el que se escribe, en este caso sucesivo a la guerra, en particular del tipo de relación entre el sujeto y el objeto de la escritura, entre la escritora que es Zambrano y el personaje que es Marañón en esa precisa escritura de Zambrano.

<sup>42</sup> Esta coronación está acreditada por la misma Zambrano en atención a la disposición que adquieren los cuatro artículos publicados en *Crítica* al pasar a la segunda parte del libro *Los intelectuales en el drama de España*: en efecto, Zambrano altera el orden de publicación en la prensa y coloca al final la Carta a Marañón (Martin Cabrero 2022b, 739). “Carta al Dr. Marañón” también podría haber cabido dentro de un posible proyecto de libro de la joven Zambrano que no llegó a concretarse y cuyo título hubiera podido ser *Cartas a un maestro de filosofía* (Zambrano 2014, 1145 n. 96): bien es verdad que este posible proyecto estaba referido a las cartas que desde 1930 Zambrano escribe a Ortega con voluntad de “esclarecimiento” (tal vez más de sí misma que de su maestro, o, cuanto menos, de sí misma a través del esclarecimiento del maestro), pero no es menos cierto, como ya queda dicho, que la Carta a Marañón trasciende la figura de Marañón y tiene también a Ortega (y a su generación) como fondo o trasfondo.

<sup>43</sup> Seguimos en adelante el texto en su edición más reciente (Zambrano 2022, 755-758), tal vez la única hasta ahora hecha con criterio filológico, pues además rescata su inicial publicación en la prensa; otras ediciones en circulación y de fácil acceso son las de Moreno Sanz (Zambrano 1998, 115-122) y Sánchez Cuervo (Zambrano 2015, 172-179).

<sup>44</sup> Nótese la referencia que hace a la generación de los mayores después de la guerra, aunque en la evocación de un momento anterior: “Nosotros, los jóvenes, hemos crecido atraídos por esas generaciones de hombres ya “maduros” de quienes hemos aprendido muchas cosas, pero esperamos de ellos más [...]” (Zambrano 2014, 867: citamos contraviniendo el criterio editorial manifestado en la nota n. 80 de dicha edición). Es fácil entender, desde ahí, desde ese *más* que se esperaba de los “mayores”, el sentido de frustración de la Carta de Zambrano, escrita en cuanto “joven”, la “defraudación” a la que antes se aludía y a la que Marañón, como vimos, intentó dar respuesta.

<sup>45</sup> Es desde aquí que hay que entender el distinto posicionamiento de una y otro, no tanto en cuanto su participación y apoyo a uno u otro de los bandos enfrentados en la guerra, sino, más radicalmente, en cuanto a su colocación en el eje dentro/ fuera de la guerra. Es cierto que a la postre la guerra afecta a todos, pero no por igual y no de igual manera, sobre todo porque no es lo mismo querer estar en la guerra que no querer estar en ella. Para Zambrano la guerra es reveladora de verdades ocultas, mientras que para Marañón no revela nada, salvo el fracaso del intento de civil convivencia democrática durante la República. Bien es cierto que Marañón hablará, como veremos, de una nueva aurora que apuntaría en el horizonte tras la guerra, pero se trata de una aurora que habría de devolver el mundo a un orden liberal renovado.

<sup>46</sup> Volverá sobre ello, años después, en la evocación de un recuerdo personal: “No había podido decirselo al fraternal compañero que inexorablemente se alejaba; inútil [...] hubiera sido enteramente inútil si le hubiera llamado para decirselo [...]. No; era inútil” (Zambrano 2014, 961).

dos en *Crítica*: “[...] prepararon esta sublevación de acuerdo con naciones extranjeras codiciosas de nuestra tierra, y riquezas, en contra del Estado español” (Zambrano 2022, 751).

Luego traza una distinción entre el caso español y los casos de la revolución francesa y de la revolución rusa, cuya diferencia estaría en que los revolucionarios franceses y rusos hicieron lo que hicieron “contando con sus propias fuerzas”, es decir, sin ningún tipo de ayuda extranjera: “pensando o sintiendo que la historia estaba de su lado y que cumplían su mandato al hacer lo que hacían”. Todo lo contrario de lo acontecido en España, donde la sublevación militar se hizo —dice Zambrano— no sólo sin contar con el pueblo sino contra el pueblo. Frente al simbolismo de la toma del Cuartel de la Montaña dice lo siguiente: “El pueblo luchaba de nuevo por su independencia, mientras los señoritos, como en la invasión napoleónica, ayudaban al invasor”. El hecho es, pues, que la guerra se hizo de espaldas al pueblo y contra el pueblo<sup>47</sup>. Y en este punto, como refuerzo de su línea expositiva y argumentativa, Zambrano se apela a su condición de testigo y pone algunos ejemplos (de un antiguo compañero de estudios, de un amigo nacionalista y de un joven escritor) que según su pensar confirmarían “el hecho” antes descrito.

De la máxima importancia estratégica en la economía Carta es el posicionamiento del pueblo en el espacio de la guerra. Si la metáfora de las “dos Españas” dividía la realidad española en dos, en dos mitades, lo que hace Zambrano es proceder a posicionar al pueblo sólo dentro de una de ellas. O mejor: en propiedad procede primero a desvincularlo por completo del espacio nacionalista y luego a situarlo en el republicano (pero esto, como vimos, es algo que Marañón mismo, incluso antes de la Carta, contestaba cuando decía que también había pueblo entre los nacionales). Para Zambrano los nacionalistas eran fascistas antes que españoles, y aquí el *pathos* de la

Carta toca uno de sus puntos más altos: “Antes que españoles eran... fascistas y su pertenencia a España estaba condicionada. Y eso es lo que nos separa, doctor Marañón: nosotros antes y sobre nada pertenecemos al pueblo español, y estamos unidos a su suerte y a su porvenir incondicionalmente porque tenemos fe y confianza en él, porque le amamos y este amor nos da esperanza en sus decisiones”<sup>48</sup>. Después sigue una suerte de apología del pueblo, muy en línea con los escritos de Zambrano de esa época, por lo demás coherente con su recuperación intelectual de la comprensión tardo romántica a través del doble horizonte institucionista y noventayochista (en concreto de Blas Zambrano, su padre, de Machado y de Galdós).

Recrimina luego Zambrano a Marañón que en su carta a Agustín Edwards (sobre los asilados en las embajadas extranjeras en Madrid) hubiera puesto su atención y levantado su voz en favor del sufrimiento de unos pocos (y el sobrentendido es el de unos pocos privilegiados o incluso el de señoritos): “No es justo ni humano que le dejen indiferente sus [del pueblo] sufrimientos infinitos mientras le preocupan los de quienes al fin cómodamente vivían protegidos por banderas extranjeras”. Le echa en cara que no haya dicho nada del sufrimiento del pueblo, de los “niños carbonizados”, de las “mujeres muertas mientras hacían cola en barrios pobres esperando la ración de arroz o de lentejas”<sup>49</sup>. La Carta aquí se hace espesa de sentimientos que empañan la justa comprensión de las cosas: la protesta de Marañón (en su carta a Edwards) se inscribía en el contexto del interés de la Sociedad de las Naciones por el caso de los refugiados en las embajadas extranjeras en Madrid, es decir, Marañón respondía con su testimonio a ese preciso interés. De la carta de Marañón no puede inferirse o deducirse —como hace Zambrano— que a Marañón le dejaran indiferente los sufrimientos de los niños carbonizados o de las mujeres muertas mientras hacían la cola. Todo lo más que puede decirse es que no

<sup>47</sup> El “hecho” según Zambrano, claro: cosa distinta es aclarar a posteriori si eso que Zambrano dice que es “el hecho” es de veras “el” hecho o es “un” hecho entre otros hechos, o es ya una interpretación (más o menos interesada o no) de los “hechos” de la guerra. De su condición de testigo cabe decir lo mismo que para Marañón (vid. nota n. 11).

<sup>48</sup> Es obvio que todo esto es más que discutible: declararse con el pueblo no significa ni siempre ni de necesidad estar de veras con él, ni mucho menos aún ser pueblo o ser del pueblo. Del mismo modo que lo que se dice de los nacionales (que eran fascistas antes que españoles) podría decirse también de los comunistas y de los trotskistas y de una buena parte de los anarquistas (que eran tales antes que españoles, o por lo menos podría decirse en la misma medida que podía decirse de los fascistas). Pero esto Zambrano no lo admitiría: “No niego, antes afirmo —dice en la Carta— que después del internacionalismo de la postguerra, y de la desesperación española de más de dos siglos, la juventud última de España tuvo la intuición de lo nacional, y el sentimiento ardiente que la acompaña. En esta intuición de la juventud se ha apoyado criminalmente el fascismo para hacer todo lo contrario”. A lo que añade: “Y digo criminal con plena conciencia” (Zambrano 2022, 757). Más claro acaso lo dijo en el primero de sus artículos de *Crítica*, “Los intelectuales en la lucha de España”, publicado el 5 de marzo, quince días antes que la Carta: “Ante todo la influencia de los sucesos del octubre asturiano, es que dispó en mucho la cuestión marxismo/anti-marxismo entre los intelectuales de buena fe. Se le asignaba al marxismo una función internacionalista, desarraigada de lo nacional, y al anti-marxismo, en cambio, el sentido reivindicatorio nacional. Y es necesario decir, que por esta época o un año o dos años antes algunos grupos de la juventud, reaccionando contra una educación internacionalista más o menos expandida por todo el mundo después de la guerra europea, habían descubierto de nuevo el sentido de lo nacional; habían tenido la intuición de la nación como realidad concreta. Y el descubrimiento resultaba peligroso porque el fascismo en acecho estaba pronto a utilizarlo y apoyándose en lo que esta intuición de la realidad nacional tenía de verdadero y en el sentimiento de honda raíz humana que lo acompañaba, encadenarlo para sus fines específicos que como ahora es bien claro, no es lo nacional, sino su traición precisamente” (Zambrano 2022, 751). Un mejor conocimiento del caso italiano hubiera podido servirle a Zambrano para clarificar mejor este punto: la renovación de los estudios sobre el fascismo a que ha dado lugar la escuela de Renzo De Felice ha puesto bien a las claras cómo la experiencia del fascismo italiano hunde una de sus raíces en el vario conglomerado del socialismo de principios de siglo.

<sup>49</sup> Un paso de la Carta, éste, que acaso sea en su aspecto retórico un eco no lejano de la lectura de algunos poemas de *España en el corazón*, de Pablo Neruda, a la sazón publicado en Chile en 1937 pero del que algunos poemas circulaban sueltos ya desde el otoño de 1936 (Macías Brevis 2004, 143; Moraga Valle y Peñaloza Palma 2011, 57). Para la honda impresión de lectura que ese libro tuvo en Zambrano vid. su artículo “Pablo Neruda o el amor a la materia” (2015, 255-262).

habla de ello. Ese silencio tiene valor significativo, sin duda. Pero el modo de argumentar de Zambrano es resbaladizo, porque de la misma manera podría decirse que ella es indiferente al sufrimiento y al dolor de los refugiados en las embajadas extranjeras, quienes también eran –sin duda y sin que importe el número– personas, seres humanos dignos por eso mismo de piedad, cosa que ella evita precisamente rebajándolos de su condición humana a seres despreciables, meros señoritos privilegiados a los que se puede y acaso debe odiar.

Hacia el final, con ese sentido implícito de lo que va llegando al final (de la carta sin duda, de la estimación personal acaso también), Zambrano dice que la “quiebra política del régimen liberal [...] no es ni mucho menos la quiebra de la libertad humana, la cual habrá que conquistar por otros caminos”. Y añade: “Buscaremos la libertad y la razón con más esfuerzos que nunca y buscaremos allí donde el poder de Creación se alberga en las entrañas de la historia, que no puede estar más que en el pueblo”. Sólo en el pueblo. Tal vez no esté claro en el texto, pero en esa hora del pensar zambrano ya es claro que de ese poder de creación han de salir hermanadas una nueva libertad y una nueva razón. Muy atrás quedaba en esta hora su intento de reforma del liberalismo desde dentro, como de manera orteguiana aparecía en su primer libro: aquel “horizonte” de un “nuevo liberalismo” pertenecía al espacio y al tiempo anterior a la guerra. Ahora la guerra había desvelado verdades ocultas en las entrañas de la historia, y con ellas una nueva fe y una nueva razón con las que había que salir a la conquista de una nueva libertad<sup>50</sup>.

Concluye la Carta declarando “fe en la razón y en la condición humana”<sup>51</sup>. Conmueve la total implicación de Zambrano en la guerra, algo que se manifiesta como un desgarrar sereno, la lúcida claridad con la que describe el odio, su odio personal, que va a juntarse con la fe, también personal, en una convergencia empática tal vez insuperable que la lleva a “gritar” su “protesta irreconciliable: mi odio, mi fe”<sup>52</sup>. No es una fe cualquiera, desde luego, y tendrá que hacer aún un largo camino, pero es claro que ya aquí habla Zambrano desde los primeros pasos –ya dados por ella con seguridad en Chile– del camino recibido como exigencia filosófica de búsqueda de

una nueva razón que habrá de llevarla hasta la “razón poética”.

## 7. Intermedio sobre el odio

Turba el final de la Carta. Turba descubrir el odio en quien después, en su búsqueda efectiva de una nueva razón, hubo de sentir la necesidad de apelarse a los calificativos de poética, o mediadora, misericordiosa o de la piedad. Turba descubrirlo también en quien pocos años antes había escrito y publicado en *Revista de Occidente* dos artículos ejemplares: “Por qué se escribe” y “Hacia un saber sobre el alma”. Eran horizontes distintos, claro, ya queda dicho, los de antes y los de después, pero su radical diferencia pone en evidencia que la guerra no fue sólo un punto de inflexión entre los antes y los después de la historia, sino un verdadero grado cero de las vidas que en su historia quedaron atrapadas. Es claro que importan más los caminos que las posadas, como decía Ortega que decía Cervantes, pero lo cierto es que las hay muy necesarias para no extraviar el buen camino (ese que según Machado sólo se hace al andar). En el de la razón poética la hubo, hubo de haberla y no cabe imaginarla. Pudo ser antes de salir de España, en algún punto o momento de la guerra, cuando la sabía perdida y no la abandonaba, o después, en algún punto o momento del destierro, de seguro antes de entrar en el exilio. Y no tuvo que ser fácil desnudarse de aquel odio, desnudarse o renacer del odio que la envolvía y casi con candor confiesa que llevaba dentro. Afuera también lo había, claro está, pero en ella estaba también dentro y hacía compañía a la nueva fe que la guerra le había revelado. La guerra como zarza ardiendo al borde del camino, o como caída del caballo acaso blanco en el camino hacia Damasco. Pero después tuvo que haber otras caídas y otros caballos, sin duda, para llegar como llegó tal lejos de aquel odio.

Casi con candor se lo dice a Marañón al final de esa Carta que abre la zanja su definitiva distancia: en la guerra siente “algo nuevo”, algo que no ha sentido nunca en su vida, y eso que siente es “el odio”. Antes no, o al menos eso dice. Lo siente en la guerra, “ante el crimen contra el porvenir del mundo y por el dolor infinito de mi pueblo”. El odio no le era desconocido,

<sup>50</sup> De la que habló en su primer artículo de la guerra, “La libertad del intelectual”, publicado en *El Mono Azul* antes de su viaje a Chile (n. 3 del 10 de septiembre de 1936): “La libertad es palabra mágica, es cierto; pero es necesario esclarecer qué libertad es ésta que queremos y cómo hemos de llegar a ella” (Zambrano 2015, 298). Tal vez valga la pena decir que el ‘esclarecimiento’ que Zambrano lleva a cabo consiste principalmente en la condena de la comprensión *liberal* de la libertad: “su afán de libertad tenía que resultar falso, candorosamente falso en su comienzo y alevosamente hipócrita al correr el tiempo”.

<sup>51</sup> “Se leía, y mucho, *La condición humana*, de Malraux; interesaba profundamente la moral. Se quería ser hombre; más que querer, se necesita serlo para soportar con serenidad y firmeza aquellos meses de angustia. Y presentimos que se va a necesitar todavía más”, había dicho en el cierre de primero de sus artículos publicados en *Crítica* (Zambrano 2022, 752). La novela de André Malraux, en efecto, fue lectura de referencia de aquella joven generación que se asomó al vértigo de la Guerra civil primero y de la II Guerra mundial después, aunque en el fondo era siempre el mismo precipicio y el mismo vértigo.

<sup>52</sup> “Una declaración así podría parecer inaudita de la pluma de quien escribe en 1990 un libro como *Los bienaventurados*” (Cámara 2015b, 259). Zambrano es un camino: no un pensamiento logrado, alcanzado, sino siempre en camino; un camino de pensar, sin duda, en que nunca se deja de pensar y siempre se vuelve sobre lo ya pensado. “¿Cómo hubiera podido soportarse ese odio, si se hubiera sentido?”, se preguntaba años después en *Delirio y destino*. Allí habla de la impasibilidad como cifra de la filosofía, cuando era aún una forma de vida: “Y entonces hasta el amor y el odio serían impasibles, como lograron, se le parecía, los místicos en el amor y ciertas almas de vencidos en el odio” (Zambrano 2014, 937). ¿Acaso se reconocía ella en la experiencia de alguna de esas “almas de vencidos”?



desde luego, y antes de la Carta aparece en su obra alguna que otra vez, pero siempre estaba referido al enemigo: de “ciego odio sin entrañas” (Zambrano 2015, 377), por ejemplo, califica la acción de los militares sublevados. En la misma Carta a Marañón es así cuando se refiere a un antiguo compañero de universidad que “expandía el odio” en una conferencia y en cuya voz dice que vio “tal odio” que la dejó “llena de amargura”. Pero en los escritos de la guerra no sólo pone de manifiesto que el odio era un atributo del enemigo, sino que se esfuerza también en dejar claro que no es algo propio del pueblo: de su entrega en la guerra dice que es algo que “permite estar en las mismas trincheras sin odio” (id. 183). Es decir: que el final de la Carta a Marañón sabe de confesión, de íntima confesión de un sentimiento de odio que en el antes y en el después de su escritura iba a quedar circunscrito en la parte del enemigo y como uno de sus atributos más propios. La confesión de la Carta es, pues, algo que se separa de esa línea de su pensamiento anudado con la propaganda que atribuía el odio a los otros, esos “otros” que no son ni pueden ser nunca los “nuestros”. Pero no, pues que la confesión lo desmiente: lo que se confiesa en esa intimidad es un odio que es propio y no ajeno, un odio personal y no genérico. En el curso de la escritura de la Carta la sinceridad se hace inevitable, porque no se trata de un artículo más, algo que escribe un filósofo o una filósofa en el ejercicio de su función intelectual, sino de algo que se escribe desde una inevitable implicación personal que trasciende las militancias y las propagandas y desciende hasta el fondo mismo de la desnudez de su alma.

Es un odio que “no esconde la cara”, dice, que no “busca rincones oscuros donde agazaparse”, un odio que “busca rostros humanos”, que busca “ojos que miren de frente”, como los hombres, hombres y mujeres de bien en quienes mirar de frente y a los ojos es atributo de una humanidad reñida con los engaños, con el mirar avieso o torvo y actuar con segundas; un odio que busca “cabezas verticales”, es decir: erguidas, en pie, signo de la dignidad de la hombría (término que Zambrano utiliza mucho en esta época y que hoy no sería bien visto o escuchado con agrado); un odio que busca también “lo que haya de luminoso en el mundo”, una luminosidad o una luz que enseguida específica como “la inteligencia”, o “Dios mismo”, es decir: un odio que busca la inteligencia o Dios “para gritar” –dice– “mi protesta irreconciliable: mi odio, mi fe”. Nótese que es irreconciliable la protesta de Zambrano en este punto de la Carta, en este punto de su pensamiento y de su vida, y que en ella, en la protesta que es irreconciliable se concilian y van envueltos el odio y la fe. Fe en el pueblo, aunque más justo sería decir en una idea de pueblo, en un pueblo sublimado y exaltado en el sacrificio de la guerra, un pueblo perfectamente situado del lado republicano que en modo alguno podría estar con los “otros”, con los nacionales. Y odio contra todo lo que se opone a esa idea, contra lo que se pone frente o se enfrenta o

simplemente no la acepta o lo hace con distinguos o incluso defiende otra.

Tal vez sea esta conciliación de odio y fe el último estadio del desarrollo histórico de la metáfora de las “dos Españas”. Y fue sin duda su punto más bajo, pues el odio sin fe o la fe sin odio no llevaron nunca tan lejos.

## 8. Escena cuarta: lo que dijo Marañón con la guerra de fondo durante la gira

Lo que dijo Marañón durante el viaje se inscribe dentro del contexto de propaganda de los bandos contrapuestos en la guerra civil. También lo que dijo Zambrano, incluida –sobre todo– su Carta a Marañón. En el espacio de la propaganda ambos estaban enfrentados; en el de la guerra no, o tal vez no, o al menos no de la misma manera. Este punto exige máxima precisión: Marañón no abrazó la guerra, más bien se colocó entre quienes trabajaron para evitarla, y cuando llegó buscó acomodo fuera, en ese espacio del exilio de la guerra que fue la “tercera España”, pero sin creer en la guerra, sin fe en ella ni en nada que ella alumbrara, aunque tal vez también con odio, aunque lo negara (Marañón 1968, 327), cuanto menos con algo de desprecio, con rechazo o aversión hacia el alcance de las ideas de la izquierda comunista, acaso también sintiendo enemistad hacia algunas personas a las que antes había estimado, sobre todo teniendo en cuenta, y manifestándolo incluso en el mismo espacio de la propaganda, algo para él sin duda contraproducente, que su apoyo en la guerra a uno de los bandos era funcional al sucesivo restablecimiento en España de una república auténticamente liberal, funcional a la corrección de lo que para él habían sido los excesos de una política republicana que se había servido del juego democrático para imponer algo que él consideraba una solución política ajena e impropia. Que se equivocara en lo que después fue el efectivo curso de la postguerra no quita punto de legitimidad a su razonamiento durante la guerra.

Hablar en un contexto de propaganda significa hacerlo dentro de procesos y procedimientos de comunicación distorsionada, en los que el mensaje del emisor queda a veces muy rebajado en su alcance –atenuado, amortiguado– o incluso su palabra no llega a oírse nítida y con perfecta claridad debido a las interferencias del ruido de la propaganda que acompaña siempre en estos casos a la comunicación. Tal vez no cambien los significados, pero sí en parte y de algún modo la significación. Así fue con Marañón, como atrás y de otro modo queda dicho: el seguimiento mediático de sus conferencias y actividades varias, visitas a laboratorios y hospitales, recibimientos, homenajes, etc., fue enorme, tal vez exagerado o desmesurado para un científico o un intelectual, por eminente que fuera, pero hay que decir que tal exageración o desmesura era principalmente debida a la vinculación implícita de sus actividades con la Gue-

rra de España, vinculación obligada por la acción del contexto de propaganda, y ello aunque él no quisiera o quisiera sustraerse de sus interferencias. Era, pues, el ruido de la propaganda el que atenuaba su palabra y no dejaba que su voz se oyera en toda su expresión y alcance, el ruido que se abría paso con el pretexto de dar cuenta de ellas, su voz y su palabra, y a la postre se adueñaba de los primeros planos de la escena y se hacía protagonista. No es que Marañón no dijera, pero a veces decía forzado por el contexto y el efecto del ruido amplificaba la significación de los significados efectivos. Por lo demás, tampoco puede olvidarse que la prensa y la radio de entonces atendían a sus discursos y movimientos desde sus propios intereses mediáticos y políticos, como eran, por ejemplo, el sensacionalismo de la noticia y el posicionamiento editorial frente a lo que sucedía en España.

Del rastro de aquel ruido hay, en general, buena y abundante bibliografía (Pizarroso Quintero 2001 y 2005; Sapag Muñoz de la Peña 2003; Montiel Rayo 2016), pero aquí interesa el rastro de lo que hizo su curso entre el ruido, lo que Marañón dijo y se oyó poco o apenas, desplazado a segundos o terceros planos por el eco incesante de sus declaraciones al salir de España, críticas con la República primero, y luego, ya en los preparativos del viaje y durante el viaje, de apoyo a los sublevados y de esperanza en el triunfo de Franco. El rastro de lo que dijo y de algún modo quedó escrito sin ruido y luego en parte se rescató en sus *Obras completas*, pero teniendo en cuenta que éstas aún se prepararon y editaron bajo el franquismo<sup>53</sup>. Porque lo cierto es que en toda esta pequeña historia que estamos hilvanando, anudando hasta donde se puede o alcanza, aunque siempre quedan flecos, en lo que hace a Zambrano se cita la Carta, y se la toma en general como documento desprovisto de propaganda, como escritura fidedigna de un pensamiento que se confronta directamente con los hechos, mientras que en lo que hace a Marañón parece que quede sólo el ruido aquel que le acompañó durante el viaje. Se comprende, claro, porque la historiografía en general también se plegó a la lógica binaria de las “dos Españas”: es más fácil, sin duda, y sin duda también mucho más cómodo.

La mayoría de las conferencias de su gira sudamericana fueron de carácter científico y tenían que ver con sus investigaciones médicas<sup>54</sup>, pero no faltaron las que anudaban la medicina con el problema so-

cial, algo por lo demás bien presente en sus escritos divulgativos al menos desde el célebre viaje a Las Hurdes, conferencias que desde la medicina se abrían sin tecnicismos hacia el humanismo en uno o varios aspectos, como por ejemplo: “La medicina en las galerías de Felipe II”, “Los amigos del Padre Feijóo”, “Patología del vestido y del adorno” (Marañón 1967, 355-371 y 461-495). Su visión y raigambre humanistas estuvieron presentes como arquitectura o substrato de las conferencias de mayor carácter intelectual, en las que sin duda iba implícita una comprensión y defensa de su liberalismo, pero en las que no se hacía ninguna referencia a la Guerra de España, todo lo más alguna muy leve insinuación o alusión: “Más sobre el humanismo”, “Soledad y libertad” (id. 425-444).

En los discursos y en los saludos era más explícito y se permitía algún que otro juego retórico de referencia a la situación presente, la suya y la de España. Así por ejemplo en el discurso que pronunció en el homenaje de bienvenida que le brindaron en Montevideo, recogido luego con el título de “Mi vida es amor a España”, donde dijo: “No temáis que hable de política”, y eso permitió que lo hiciera, o que se tomara el permiso y hablara, si bien de manera indirecta y haciendo como que no era. “Política es adoptar un credo y serle fiel, [...] leal con la propia conciencia” (Marañón 1966, 347): allí habló del “mito de la fidelidad de las ideas, sin pensar que esta fidelidad supone, muchas veces, una traición a la conducta”. Su liberalismo se juega en ese terreno, ya se vio, no en el de las ideas sino en el de la conducta: “El que defiende una idea puede equivocarse. Es el juego de la política. El que es fiel a una conducta, a través de las ideas, podrá ser alabado o perseguido, pero no se equivoca jamás”. Será un tema recurrente (vid. p. e. “La dictadura de las ideas”, id. 352) contra quienes le reprochaban haber cambiado en política de idea: “el que es fiel a su conducta, está, por ello mismo, obligado a respetar, sea lo que fuera, la conducta de los demás. A esto se llamó [...] ser liberal” (id. 347).

Allí mismo se refiere al “drama terrible y fecundo de España” (id. 343), y en ello se aprecia, aun en la distancia, una cierta sintonía con Zambrano, al menos en el léxico, aunque luego se separaran en el sentido que cada uno daba a las palabras. De esa fecundidad trágica hablará Marañón en el final del discurso<sup>55</sup>, cargándolo de un *pathos* que sin duda buscaba adhe-

<sup>53</sup> Aunque ya en su último tramo y después de la Ley de prensa de Fraga Iribarne; las publicó en Madrid la editorial Espasa Calpe entre 1966 y 1977, en 10 volúmenes (de los que sólo el último es posterior a la muerte de Franco), en recopilación de Alfredo Juderías y con una introducción de Pedro Laín Entralgo al frente del primero de ellos.

<sup>54</sup> “La regulación hormonal del hambre”, “La voz y las secreciones internas”, “Revisión del concepto de evolución de la sexualidad humana”, “Los límites del climaterio normal”, todas ellas recogidas en Marañón (1967). Por su parte, Almodóvar y Warleta añaden otros títulos: “Semiología y endocrina de la voz”, “Fisiología de la suprarrenal”, “Evolución de la insuficiencia suprarrenal”, “Obesidad y adelgazamiento hipofisario”, “Factores endocrinos de la cefalea y la jaqueca” (1952, 271-278). Hay que tener en cuenta, además, que tratándose de una gira por cuatro países es probable que las conferencias se repitieran, bien fuera con el mismo título o con otro semejante (en algunos casos está incluso probado: p. e. Marañón 1967, 442 y 495).

<sup>55</sup> “Y para terminar, oíd esto que os dice un hombre que ha venido hasta vosotros no cara al viento del navío, sino sentado en la popa, lo más allá que podía sin caerse al mar, mirando hacia la España que quedaba detrás. No os asusten las ruinas humeantes ni los huesos que se calcinarán al sol, en el verano nuevo. Allí, debajo de todo aquello, late con formidable energía el alma eterna de España; esa alma hecha de una eficacia tan dura que mira cara a cara a la muerte con una sonrisa casi sensual; y que con prodigioso tino busca en la muerte misma la raíz de la vida nueva. [...] Yo os aseguro que, como Fausto, me siento ingrátido, como si acabase de nuevo de nacer, sin ataduras materiales para la vida nueva; pero con el sedimento de ese pasado, que nos parece de otra vida; y que, sin embargo, sigue germinando en mí su humanismo eterno” (Marañón 1966, 348-349).

sión a una esperanza: “Sin rencor, sin violencia pero sin túbidos, os digo que España empieza a amanecer; que en aquella tristeza, en efecto, se está gestando una aurora que sólo fructificará para los que creyeron en ella cuando era todavía oscuridad” (id. 349). Hay que precisar el sentido de esa aurora, de lo contrario es fácil entender lo que no es: para Marañón se trataba del camino que había de llevar a la realización del auténtico liberalismo, un proceso, como queda dicho, en el que la victoria del bando nacional se contemplaba como paso necesario, pero no, en modo alguno, como punto de llegada, ni tampoco, al contrario que Zambrano, como revelación de verdades capaces de fundar una nueva fe. Y no era un proceso ideal o apriorístico, sino que surgía en él, en su reflexión y pensamiento, del análisis de la circunstancia española y europea del momento.

Poco después, en el discurso en el Rotary Club de Buenos Aires insistirá también en el mismo eje ideas/conducta<sup>56</sup> y en claro reclamo de adhesión simpática hará un emotivo llamado al valor de la amistad: “Lo esencial es que representamos, en medio de la guerra, la amistad. En medio del olvido de las normas de la conducta, el respeto a esas normas. En medio de la esclavitud a las ficciones, la libertad, humana, fecunda, eterna: la de la conciencia intransferible” (Marañón 1966, 352). No es cosa de poco hablar de amistad en tiempo de guerra: quienes miran al bulto suelen dejarlo de lado, cuando en verdad se trata de un detalle de principal importancia que por sí solo pone de manifiesto la índole radicalmente liberal de Marañón. Por lo demás, algo tendrá que significar el léxico empleado, pues no puede ser lo mismo hablar de odio que de amistad, y ello aun suponiendo un mismo fondo de humano sentimiento, un mismo pesar frente al sufrimiento, pero es claro que no supone mayor esfuerzo hablar de odio en medio de una guerra, y sí, en cambio, y acaso enorme, hablar, como él hacía, de amistad y de paz, o incluso, como hará poco después, de perdón<sup>57</sup>.

En otro de sus discursos de entonces, conservado con el título de “Soy español”, hablando del patriotismo y del sentido de la patria, dice que España “atraviesa una crisis de su historia que no es una más

en la serie [...] sino la más trascendente de todas, pues coincide con horas universales en que el mundo de Occidente está en vísperas de una nobilísima etapa de rectificación y de reconstrucción” (id. 354). Ve bien Marañón el carácter universal, o cuanto menos occidental, de lo que estaba pasando, el carácter internacional de la contienda bélica desencadenada en España. No es un momento español, o sólo español, sino europeo, occidental, incluso mundial (sobre todo si se tiene en cuenta la forma occidental que como proceso se había ido imponiendo al mundo a lo largo de la historia). Es hora universal y es hora decisiva para “rectificar” y “reconstruir”, dice Marañón. Advértase que si se da a esas dos palabras una mera significación política, que sin duda la tienen, parece que quiera decirse, que Marañón quiere decir, que la guerra ha de rectificar el curso errado de la política republicana, al menos desde 1934, y reconstruir después lo que haya que reconstruir yendo por buen camino hacia la realización de una república auténticamente liberal y democrática; pero el caso es que los conceptos de rectificación y reconstrucción tienen también sentido filosófico: no es sólo en la dimensión política donde hay que intervenir, pues la radicalidad de la crisis llama en causa no una sola dimensión de la vida sino todas, es decir, al entero edificio de la cultura occidental. Lo que pasa en España no es algo meramente español, y quizá por eso los ejércitos extranjeros ejemplifican bien esa dimensión transnacional de la guerra: es la crisis de la modernidad, de la que hay anuncios abundantes desde Nietzsche en adelante, relatos que hacen de Heidegger el epicentro expositivo (Gil Villegas 1996), o uno de ellos, tal vez el más canónico, aunque lo cierto es que en España el mismo Ortega había hablado y escrito por extenso de todo ello. Marañón está al tanto de ese discurso: el “problema de España” de regeneracionistas y noventayochistas no era tal porque en propiedad era un mucho más grave problema de la cultura occidental. Y lo tiene claro: ha llegado la hora definitiva, y no es hora de España sino del mundo entero. Y así fue, en cierto modo<sup>58</sup>.

Es una idea, ésta, que recoge también en uno de sus artículos de aquellos meses, “La paz serena de

<sup>56</sup> “Yo no me canso de decir que el nudo de los males que afligen al mundo [...] se debe al simple hecho de que los hombres se empeñan en dividirse por las ideas y no por las conductas. / La incompatibilidad de un hombre que piensa de este color es absoluta respecto al hombre que piensa según el color opuesto. Dejados solos, con un arma en la mano, y se matarán. Pero en cambio, a ninguno de los dos les importará convivir con un asesino o con un ladrón, porque el asesino o el ladrón hacen su mismo gesto y visten la chaqueta de su mismo color. Es decir, que las ideas se han convertido en pabellón infame que autoriza la maldad; o si queréis utilizar una expresión certera, en celestinas de todas las infamias” (Marañón 1966, 352).

<sup>57</sup> Nótese que al año siguiente Marañón publicó dos artículos en los que acometía de manera científica el estudio del resentimiento: “Notas sobre el resentimiento” y “Nuevas notas sobre el resentimiento”, ambos en *La Nación*, respectivamente el 19 de junio y el 27 de julio de 1938. A ambos siguió un interesantísimo artículo publicado en el mismo diario el 31 de julio de 1938 titulado “El odio”: a diferencia de los primeros, en los que Marañón reflexionaba de manera “científica”, en éste lo hacía de manera “literaria”, pues se trata de un “sueño” en el que varios personajes hablan del odio en una situación claramente identificable con la Guerra de España: “Pero un día, sin que sepas como, advertirás al despertar que el odio ha desaparecido [...]. El odio se habrá ido y un olvido infinito llenará su vacío gota a gota; y cuando llegue arriba, hasta sus bordes, sentirás en los labios el sabor dulce y triste del perdón” (Marañón 1968, 435).

<sup>58</sup> España es, para Marañón, “la península colocada entre dos mares y entre tres continentes, crisol de razas diversas y multiseculares, encrucijada entre el Oriente profundo y el Occidente civilizador” (Marañón 1966, 354). Pero en la historia de España, Marañón, como Zambrano, nota el punto de irrealización de algo que no se ha llevado a cabo, aún o todavía, algo que sugieren ambos: “la parábola majestuosa que traza en la Historia la vida de la raza peninsular, está truncada y hay que hacerla proseguir. El destino de nuestra civilización [...] está todavía incumplido. Se acerca la hora de realizarlo; no contra otras civilizaciones, pero tampoco a merced de las hegemonías ajenas, ni las brutales ni las hipócritas; sino engranando ese destino con el destino de los demás” (id. 355). Mientras que para la otra, en un texto de esos mismos meses: “[...] España, estancada, no podía expresar, dar forma histórica a los ímpetus de su sangre, al latir incesante de su aliento” (Zambrano 2015, 203).

África”, a la sazón publicado al segundo día de llegar a Montevideo en el diario *La Mañana*. Allí Marañón se retrata como “un europeo hastiado de una civilización que le amamantó y que ya es una urbe seca y apagada” (Marañón 1968, 329). España, en Europa, ocupa un lugar singular, sin duda: es la tierra de los destinos incumplidos, y acaso por eso, en la hora de la crisis más profunda, el lugar de la esperanza: como si fuera lo incumplido del destino lo que sostuviera en la crisis la posibilidad de la esperanza. No una cualquiera, sino una esperanza propia enraizada en su mismo ser: no de otro modo cabe entender el cierre del artículo, con esa llamada a buscar, “en la contrición” que ofrece África al viajero, una “esperanza nueva” (id. 331). África es, en cierto modo y sobre todo como implícito, también España, porque ésta es “crisol de razas” (Marañón 1966, 354), y, siendo así, es por ello mismo una suerte de espejo de la contrición del camino civilizatorio europeo<sup>59</sup>.

La conciencia de la crisis (de la modernidad) no empaña su liberalismo, desde luego, sino que se convierte en acicate de búsqueda del camino hacia su más plena realización, teniendo claro que no se trata nunca ni pueda ser un punto de llegada, algo que pueda considerarse alguna vez plena y definitivamente alcanzado, sino más bien de un camino de permanente reforma y mejoramiento de lo ya logrado, de un talante y de un temperamento que mira más a lo que queda por hacer que a lo ya hecho, de conductas que se sustentan en formas y estilos de vida.

En esa comprensión amplia de la forma de vida liberal se basa para explicar su situación dentro de la “tercera España” en el orden de la guerra. Lo hizo en el artículo “Las pedanterías del crimen”, publicado en *El Pueblo* de Montevideo el 6 de marzo de 1937, pocos días antes de su llegada: “He aquí por qué los hombres de izquierda no moscovizados están fuera de España. Muchos no se atreven a decir las razones de su destierro. Pero ninguno quiere volver. [...] Los hombres que fuimos liberales, ya nada tenemos que hacer en España” (Marañón 1968, 327). Es como si

dijera que la guerra les había dejado sin espacio, sin lugar, que la guerra les había expropiado. Marañón califica de criminal la actuación del Frente popular en el gobierno de la República<sup>60</sup>, a quien imputa el intento de llevar a cabo en España una “traducción” de la revolución rusa. Ese sería el crimen de fondo, y la pedantería consistiría en su burda imitación<sup>61</sup>. Pero frente a ello, la palabra que quiere llevar a América, o que lleva aunque a veces no se oiga o el ruido no deje escucharla, el mensaje que entrega a la prensa antes de desembarcar, aunque ya haya tomado partido y sea clara su esperanza, no quedan –la palabra y el mensaje– tan perfectamente alineados como en general se suponen y publicitan: “Quisiera que un olvido infinito borrara los odios de los demás como yo he arrancado los míos de mi espíritu. Deseo, con fervor inmenso, la paz” (id.).

Importantes son también, para lo que aquí más interesa, de entre los artículos del viaje, “El porvenir de la cultura” y “Deberes del hombre actual”, ambos publicados en el diario *La Mañana* de Montevideo el 14 de marzo<sup>62</sup>. En el primero, seguramente escrito con anterioridad, traza un perfil negativo de la figura del intelectual (pero abierto a su rescate), de quien dice que está corrompido por el vicio de la vanidad. “Al intelectual en el mundo de ahora se le ha atrofiado el sentido de la responsabilidad moral, de su deber de austeridad y de sacrificio, de su necesidad de ser, antes que nada, amigo indisoluble de la justicia” (id. 335). Nótese la raigambre clásica, humanista, de la expresión ‘amigo de la justicia’. De este modo, la crisis de la cultura de aquel entonces, que se manifestaba en forma de “auge de las fuerzas inferiores de la humanidad y la humildad y la humillación de las más selectas”, entre ellas la función intelectual, exigía ponerle remedio con “una sana cura de amputación de la vanidad hipertrofiada que se nos había apartado del camino recto”. De esa amputación –cuyo significado es claro, más acaso tratándose de un médico quien habla– dirá que hay que “sufrirla con buen ánimo, sin anestésicos embotadores del fecundo dolor, y sabien-

<sup>59</sup> De maneras distintas insistirán en ello las obras del exilio de Américo Castro, Francisco Ayala y María Zambrano: el primero con el concepto de “vividura”, verdadero centro de *La realidad histórica de España*, el segundo con el de “perspectiva hispánica”, eje de *Razón del mundo*, y la tercera con las “categorías de la vida española” de *Pensamiento y poesía en la vida española*. La idea de fondo es la del no perfecto alineamiento entre España y Europa: lo español como margen o frontera de lo europeo, como lo que mira hacia África y Oriente y hacia América. Lo dijo de pasada pocos años después Marañón en un artículo publicado en México (*Hoy*, 4 de abril de 1938): “El español, que tiene siempre, en su alma, algo que no quiere ser europeo; y otro algo que tiene que ser americano” (Marañón 1968, 408).

<sup>60</sup> Nótese que es el mismo epíteto que usa Zambrano en su Carta a Marañón para calificar la actuación de los fascistas, y, como Marañón, lo hace en relación a sus respectivas comprensiones de lo nacional: “No niego, antes afirmo que después del internacionalismo de la postguerra, y de la des-esperación española de más de dos siglos, la juventud última de España tuvo la intuición de lo nacional, y el sentimiento ardiente que la acompaña. En esta intuición de la juventud se ha apoyado criminalmente el fascismo para hacer todo lo contrario. / Y digo criminal con plena conciencia” (Zambrano 2022, 757). Por su parte, Marañón (1968, 325): “Unas semanas antes de comenzar el último acto terrible de la revolución, en junio, escribí un artículo que se publicó en varios periódicos extranjeros. Decía en él, que si el Frente popular no acertaba a dar un carácter nacional a las aspiraciones populares, que le habían votado en las urnas, toda la España que no fuera marxista se alzaría frente a él. Esto es, exactamente, lo que ha ocurrido”.

<sup>61</sup> “Todo ha sido en la [revolución] nuestra, ruso; lo indefendible: la crueldad y el pedantesco tecnicismo. [...] ha sido sólo una copia sin imaginación, mal traducida de los manuales y cartillas de Moscú. Los anuncios de las calles, las barbas, los lentes y los gorros de los milicianos, la manía de poner muchos sellos en cada papel, los nombres de los batallones, los entierros aparatosos, las checas de la retaguardia; todo es tan servil, que contemplarlo multiplica el dolor. Hasta las crueldades inútiles, absolutamente inútiles, peor aún, contraproducentes para la misma causa que creían servir, se han perpetrado en gran parte por puro espíritu de imitación, atterradoramente vacío de sentido; casi, si esto pudiera decirse, vacío de maldad. No exagero si digo que una buena parte de los infelices y de los héroes que han sido fusilados, más que por razones revolucionarias, más que por puro instinto de matar, lo han sido, sencillamente, por una monstruosa pedantería” (Marañón 1968, 326 y 327).

<sup>62</sup> Así consta al menos en el pie de página del volumen correspondiente de las *Obras completas* (Marañón 1968, 336 y 340); podría tratarse de un error, pues también se da como publicado en el mismo diario y en la misma fecha “La faz serena de África” (id. 331).

do que es para nuestro bien [de los intelectuales]” (id. 336). De esa “verdad”, la de la amputación referida a los intelectuales, hay que sacar –dice– “la resolución de buscar rumbo a la cultura nueva”, y confía en que la “estrella” que habrá de hacer de guía sea “un retorno a la valorización del bien por el bien, de la fraternidad supranacionalista, del sentido humano de la existencia”<sup>63</sup>.

Es claro que el liberalismo de Marañón fue desplazándose hacia posiciones cada vez más conservadoras a medida que la República sumaba años de vida política, sucesos y episodios, pero no porque con simplicidad los sumara, los años, o los sucesos, sino por lo que en ellos pasaba, o mejor: por la valoración que él hacía de lo que en ellos política y socialmente acontecía. Con todo, no puede pensarse sin más que el “retorno” de la cita anterior a los viejos valores del humanismo sea la reclamación de ninguna efectiva vuelta al pasado. No es lo mismo ser tradicionalista que conservador, claro está, y desde esa diferencia cabe pensar que en este punto Marañón reivindica un retorno a los viejos valores para implantarlos en el porvenir (concepto que además aparece en el título del artículo), es decir, que se trataría más bien del rescate de los antiguos valores del humanismo para construir el edificio social del futuro. Tal vez porque para un liberal nunca se construye *ex novo*, al menos políticamente, sino más bien se reconstruye a partir de algo, aunque se trate de ruinas. Y ello porque aunque el futuro no esté dado, nunca, sí deben estarlo los materiales (valores) con que construirlo –lógica que vale por igual para albañiles y para arquitectos.

El segundo artículo insiste aún en el sentido de lo nacional y de la patria, o en la comprensión de un verdadero patriotismo, algo que se reclamaba con fuerza desde los dos bandos enfrentados de la guerra y también Zambrano, como vimos, lo hizo. Tampoco en este caso el “espíritu nacional” que defiende Marañón se alinea con el que después se hizo preponderante con el franquismo: el nombre es el mismo, pero cambia profundamente la semántica. Porque Marañón se acerca al concepto de patria sin “pasión exclusivista” y con “generosidad”, intentado evitar ese “aislamiento” que a la postre ha convertido el “nacionalismo [en] una droga con la que se ha envenenado el alma de las juventudes”. Con contundencia dirá que “todos nos nutrimos [...] de savia nacional, y a la vez de savia del universo. Y es, más que enfermizo, monstruoso el pretender separarlas y hacer de una de ellas un honor y de la otra una vergüenza” (id. 338).

Marañón no deja de ver la crisis total de la que la Guerra de España es un detalle: “El mundo entero atraviesa momentos de revolución, de revolución

total, en las calles y en las conciencias”. De lo que pasa en España dice que “los españoles sufrimos la convulsión del mundo y también la convulsión nacional”. Llama a continuación al “cumplimiento del deber” y a la aceptación del dolor y del sufrimiento, y lo hace con una retórica que a veces se confunde con la oratoria fascista: “en nuestras inquietudes –dice– se está gestando un porvenir de gloria para España” (id. 339). Es, sin duda, un artículo de exaltación, al menos en su parte final, o cuanto menos escrito desde un cierto espíritu exaltado, que poco se condice con el Marañón de expresión menos enfática que se conoce en largo y ancho de su extensa obra. Por lo demás, el artículo acaba con una cita de Mussolini<sup>64</sup>, a la que se puede contextualizar y dar las vueltas que se quiera, pero ahí queda, y Marañón lo sabía, sabía que más allá de lo que la cita dijera en sí misma ya significaba lo que significaba.

¿Qué significaba? ¿Que era un fascista, como denunciaba el suelto publicado en *Claridad*? Desde luego que no. Más bien significaba que el liberalismo –no sólo el suyo– tuvo un momento en que vio en la dictadura fascista algo así como el dique de contención de la dictadura comunista. Lo vio o quiso verlo, pero para el caso es lo mismo y es claro que fue un espejismo y que se equivocaba. No es probable que Marañón viera nunca en el bando nacional forma alguna de salvación de nada, más bien era un trámite que veía o sentía necesario para poder luego recuperar un camino de progreso humano que en algún punto de la historia –reciente o no tanto– se había extraviado.

## 9. Intermedio en París: de vuelta con una carta devuelta (o tal vez un descarte)

Y significa también, acaso, que la coherencia no es atributo propio de la vida, por más que a muchas se las haya querido medir por ese rasero. La coherencia es del sistema de las ideas, pero las ideas que se tienen no siempre conforman un sistema. Es más, lo razonable es pensar que el movimiento que es la vida produce movimiento en las ideas. Algo pudo escuchar sobre esto a Azorín en París en aquellos años de la guerra lejos de España, pero aun así es probable que al revivir los recuerdos del viaje se arrepintiera de aquella cita de Mussolini que tanto desencana en la coherencia liberal de sus lecturas.

No hubo carta de vuelta ni devuelta. Marañón nunca respondió a la Carta de Zambrano, pero tuvo que verla: no es posible pensar que nadie se la señalara, o estando aún en Montevideo o a su llegada a Bue-

<sup>63</sup> “Sí; una vuelta a todos los tópicos viejos. Y añado que si hemos de servir para algo [los intelectuales], nuestra misión será esa de rellenar las palabras venerables de contenido humano –y divino– para que dejen de ser tópicos y vuelvan a ser otra vez verdades” (Marañón 1968, 336). Nótese que la hora de la guerra, o la de la crisis general que envolvía al mundo, obliga a los intelectuales, con independencia de su posicionamiento político, a reflexionar sobre su propio rol social, sobre su función y su funcionamiento (tal es el tema también de *Los intelectuales en el drama de España* de Zambrano, por ejemplo).

<sup>64</sup> “Mussolini ha dicho esta sentencia genial, la única que no han oído los derechos de aquí: «Se acabó por mucho tiempo la vida cómoda, la vida que antes se llamaba fácil. Pero en la otra, en la vida áspera y difícil, está escondido el tesoro de la felicidad que es lo cierto que no llegamos a conocer nunca, cuando el mundo era una balsa de aceite y cuando todos, militares y paisanos, creíamos que nos divertíamos tanto»” (Marañón 1968, 340).

nos Aires. Cabe imaginar qué pudo pensar o sentir, incluso el silencio. No respondió pero hubo de leerla, no hay duda, pues en uno de los escritos sucesivos al viaje, tal vez el más importante de aquel año de 1937, *Liberalismo y comunismo*, se puede adivinar alguna alusión a la Carta y al ruido orquestado por Bergamín desde la Alianza de Intelectuales Antifascistas<sup>65</sup>. Allí dice Marañón, por ejemplo, tal vez apuntando hacia los “hechos” que se decían en la Carta de Zambrano: “Estos son los términos exactos del problema. Una lucha entre un régimen antidemocrático, comunista y oriental y otro régimen antidemocrático, anticomunista y europeo” (Marañón 1968, 385). Para Marañón la dicotomía se planteaba de manera clara: “O comunista o no comunista: no hay por el momento otra opción”. A lo que añade: “La fórmula comunista es única, y con ella tratan sus adeptos de conquistar el mundo. La fórmula anticomunista no es necesariamente fascista”. Es, pues, claro que Marañón no se identifica con el fascismo más allá de lo que era en su pensamiento una alianza estratégica contra el comunismo. Lo prueba su declaración de fe liberal pocas líneas después, cuando contempla con esperanza eso que en otro lugar llamó nueva aurora: “[el liberalismo] brotará un día, cuando sea purificado de las inevitables dictaduras de hoy”. Inevitables, dijo.

Marañón habla desde la “autoridad de testigo ocular y próximo a los acontecimientos” (id. 374). Habla de la “propaganda rusa” (id. 376), de una “ceguera para los colores” que sólo permitía a los liberales ver “el antiliberalismo negro, pero no el rojo” (id. 377). Dice que: “En España ha ocurrido lo mismo que en Rusia. Unos cuantos hombres de acción, representantes de una masa incapaz de elegir más que un número exiguo de diputados, pero bien organizados y decididos a todo, se han impuesto a la mayoría” (id. 379). Habla, aunque en otros términos, del progresivo dominio del espacio intelectual por parte de los comunistas, incluso de hegemonía, y si bien hay en ello no poca exageración, en parte la debida al ser también propaganda, no falta de cierto punto de verdad en lo que hace a la efectiva descripción del “ambiente moral y social” (así decía Zambrano en la Carta que debía hacer el historiador) que rodeaba a los hechos de la guerra. Dice también, en clara referencia a lo que después se llamará “tercera España”, que la “huida” de los liberales de la “España roja” no puede ser calificada de “traición al pueblo, como dicen enfáticamente algunos majaderos”, pues “el régimen de la

España roja es absolutamente soviético, y un hombre liberal nada tiene que hacer allí” (id. 382). ¿Exagerado? Sí, sin duda; pero no del todo desacertado, o tal vez mejor decir: descaminado, al menos en lo que hace a la descripción de aquel mismo “ambiente moral y social” del Madrid bajo dominio miliciano<sup>66</sup>.

Habla también del “cambio de orientación” de la “juventud universitaria” (id. 383), algo que no puede leerse sin pensar en Zambrano, sin pensar que Marañón está pensando en ella y en su Carta cuando él escribe esta parte de su panfleto. Y dice, y en ello no hay ya ninguna propaganda, pues era un sentir y un pensar muy arraigado en el horizonte intelectual de la “tercera España”, que “no hay español que no tenga conciencia de que la guerra que hace no es una guerra civil, sino una lucha internacional y universal, cuya fase militar se juega en los campos de España” (id. 384). Tal vez le faltó decir *de momento*, aunque la intención y la intuición eran claras.

Marañón habla desde la experiencia española, pero habla al mundo entero, o cuanto menos al de las democracias liberales: “Los liberales del mundo oirán también un día el trueno y el rayo; caerán de su caballo blanco, y cuando recobren la conciencia habrán aprendido de nuevo el camino de la verdad” (id. 386). Es claro que la historia hizo después un curso muy distinto al que él imaginaba, al menos en España, porque tal vez su pronóstico no estuvo tan desacertado –descaminado– en Europa, sobre todo a la luz del resultado de la II Guerra mundial. El problema es que aquella gran guerra que fueron dos en una abrió dos caminos bien distintos, y tal vez ninguno llevaba a la verdad, pero es claro que el de España llevaba sin duda a la mentira –o cuanto menos a desmentir la estrategia de la verdad que había imaginado Marañón en el espacio de la “tercera España”.

## 10. Escena quinta y final sobre el decorado de la historia y los gestos que se pierden sin memoria

El descarte fue sucesivo y se llevó a cabo en los recovecos y dobleces de la historia. Tal vez por eso la micrología opera, o lo intenta, en lo anterior de la historia, antes de que los historiadores lleguen y nos cuenten cómo han sido las cosas, los hechos, las tramas, eso que un poeta llamaba –fijese usted bien: un poeta– el desbroce de las memorias enfrentadas.

<sup>65</sup> A Bergamín, sin citarlo, se refiere genéricamente como representante de “un neocatolicismo literario y rojo, especie rarísima de la actual fauna ideológica” (Marañón 1968, 374), y a Zambrano alude cuando habla de la “propaganda” que se hizo al inicio de la guerra ante el empleo del “ejército marroquí” (id. 384), algo que constituye, como se recordará, un paso importante de la “Carta al Dr. Marañón”. *Liberalismo y comunismo* apareció publicado en la *Revue de Paris* en su número del 15 de diciembre de 1937; sucesivamente apareció en *La Nación* de Buenos Aires el 3 de enero de 1938, y allí mismo lo publicó también ese mismo año, pero en forma de folleto o separata, la Oficina de Prensa y Propaganda de la Representación del Gobierno Nacional en Buenos Aires.

<sup>66</sup> Algo semejante a lo que dice Marañón apenas citado (“un hombre liberal nada tiene que hacer allí”) cuenta Trapiello (2021, 108) que dijo Juan Ramón Jiménez: “Mi mujer y yo comprendimos pronto que no hacíamos nada en Madrid, como la mayoría de los escritores y artistas, que estábamos en un peligro estúpido y constante [...]”. Son ejemplos, claro, pero en contra lo que suele ser parte de la argumentación del debate (incluso histórico), hay que decir que el hecho de poder aducir contraejemplos en nada disminuye el valor de verdad de los ejemplos, sobre todo cuando se trata de testimonios directos. Tan claro como que España no era la Unión Soviética lo es el mito soviético que se hizo dominante en los ambientes del Frente popular y en los de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, cosa que salta a la vista con una simple ojeada a la revista *El Mono Azul*.

“Al volver de América con el corazón lleno de fervor y la conciencia poblada de imágenes luminosas y gratas, sin una sola –ni una sola– sombra, aparece de repente la tierra de Francia” (Marañón 1968, 345). Si las reflexiones del viaje de ida habían ido a parar a “La paz serena de África”, las de la vuelta acabaron en “Francia” (*La Nación*, 4 de julio de 1937). No puede no llamar la atención este título, por lo que dice y evoca en la superficie de la escritura y por lo que arrastra como fondo no dicho pero implícito, como un fondo marino profundo y oscuro que las olas más visibles presuponen. “Francia está ahí, como el atrio propicio de la vieja civilización europea”, dice Marañón, casi encerrando la experiencia del viaje sudamericano entre dos reflexiones semejantes sobre la vieja Europa y a la vez muy distintas. El viaje ha sustanciado la esperanza “del mundo nuevo e inmenso que traemos dentro del alma sorprendida”.

Alguna “sombra” sí se trajo del viaje, aunque diga lo contrario, como no podía ser menos con relación a las contestaciones y polémicas que le acompañaron durante la gira, y de ellas, las sombras, deja claro testimonio pocas líneas después: “La tensión actual del universo es tal, que no podemos pronunciar una palabra o hacer un gesto que no tenga al instante un inmenso amplificador político”. De ello se ha dado cuenta durante el viaje, del peso que en toda la gira tuvieron las declaraciones que hizo antes de empezar. Del peso de las palabras, que quedan siempre aunque se piense que no, del uso que se hace de ellas, de los usos y de los abusos, del descuido, del hablar sin cuidado, sin tener el debido cuidado de lo que se dice y de las palabras con que se dice lo que se dice. Porque ese cuidado, en efecto, es debido, pero no al miedo, o a la prevención o a la prudencia, como cuando se dice ‘hay que tener cuidado’ (con lo que se dice), porque en función de lo que se diga las consecuencias pueden ser nefastas, como ocurría a uno y otro lado del frente de la Guerra de España, sin que en ello quepa hacer mayores distingos (que sí aquí más y allí menos, etcétera); sino que es debido, el cuidado, al más alto valor que se otorga en política a la civil convivencia, expresión plena de un ejercicio democrático en el que Marañón y la “tercera España” esperaron que se fraguara al volver la esquina de unas dictaduras que a sus ojos se habían hecho inevitables.

Sobre lo inevitable referido al mundo social habría mucho que decir, empezando porque en general se trata de un concepto que suele aplicarse a posteriori, pero haciendo la trampa de querer colocarse en la perspectiva de los hechos, en ese antes de la llegada de los historiadores que se decía hace poco, lo cual es imposible, salvo para quienes estén o hayan esta-

do involucrados directamente en los hechos, incluso antes de que fueran “hechos”, como es el caso, entre otros, de los actores y agentes de esta pequeña historia en su detalle, pero en ese caso hay que decir también que su involucración, su distinta implicación en la forma y grado pero no en el fondo, acaso no permita la distancia que requiere el juicio –todo juicio. Que Marañón dijera que la dictadura era entonces un paso inevitable, en España y en Europa, no significa que *de veras* lo fuera; *de hecho* no lo fue, como después mostró el curso sucesivo de los eventos en cualesquiera forma histórica en que se den o aparezcan. Que Zambrano a su vez dijera lo que dijo de los “neutrales” o de los que guardaron o iban a guardar “silencio” tampoco confiere a su discurso ninguna superioridad moral sobre ellos, todo lo más desvela un espacio intelectual no exento de gestos totalitarios y de cierto punto de fanatismo<sup>67</sup> en el que ella se movía en los primeros meses de la guerra y durante toda su estancia chilena (nunca como entonces estuvo tan cerca de las orientaciones comunistas que dominaban en la Alianza de Intelectuales Antifascistas: lo prueban su temprana colaboración en *El Mono Azul* y el entramado de sus publicaciones chilenas en *La Mujer Nueva*, *Onda Corta* y *Frente Popular*).

Lo dicho es constatación, y no juicio: aquí no hay juicio ninguno, o por lo menos se intenta, ni político ni de ningún otro tipo, sobre los actores de nuestra historia pequeña; hay, o se intenta, voluntad de comprensión, que eso es lo que debe ser el estudio: en el sobrentendido de que comprender no es juzgar, sino simplemente entender, o mejor: querer hacerlo. Y el entendimiento es –tiene que ser– previo al juicio: lo posibilita, incluso podría decirse que hace posible un mejor juicio, pero sin que arrastre su obligación, pues que comprender no obliga a juzgar. Y esto se dice aquí hacia el final, para quien llegue y por si no estuviera claro que entre la crítica y los estudios zambranianos ha solido predominar el juicio sin comprensión más que la comprensión sin juicio, sobre todo en lo tocante al compromiso político de Zambrano –y hay hasta quien habla de militancia– durante la Guerra de España: en general, y perdónese que no se hagan nombres, los estudios zambranianos de esta época, al menos los dominantes que visten de oficiales, han solido posicionarse de manera acrítica frente al texto (piénsese, por ejemplo, en lo que hace a la “Carta al Dr. Marañón”), tomando innecesariamente por oro colado lo que dice Zambrano y estableciendo y dando por buena, y de hecho sancionando con sus ‘estudios’, la dicotomía desde cuyo horizonte ella escribía, que no es otro, claro está, que el de la “dos Españas”.

<sup>67</sup> La crítica oficialista de los estudios zambranianos suele en este punto mirar para otro lado y poner los acentos en el compromiso de Zambrano con la causa republicana dentro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, sin parar mientes en las muchas diferencias que se daban en seno a la Alianza, sobre todo con relación a los distintos modos en los que el susodicho antifascismo se declinaba. Se desvía de esa orientación común de la crítica Ana Bundgard (2009, 235-236), quien sí se atreve a señalar el “dogmatismo” del discurso de Zambrano, al menos en lo que hace al primero de sus artículos de la guerra, “La libertad del intelectual”. También lo hace Madeline Cámara (2015b, 259), quien por su parte habla de “la contradictoria ideología de Zambrano en su juventud donde se entremezclan cristianismo, antifascismo, populismo, todo ello destilado en su vocación de intelectual de servicio”.

La Carta pone en evidencia una cosa muy simple: el lugar desde el que Zambrano escribe. No un lugar físico o geográfico (sabemos que está en Chile, en la trinchera en que había convertido Rodrigo Soriano la Embajada de España), sino un lugar intelectual y sentimental perfectamente situado dentro de la metáfora de las “dos Españas” —sólo que ya no era tan sólo una metáfora. Hay en Zambrano, y se advierte, un esfuerzo intelectual notable, no cabe duda, pero todos sus distingos caen a la postre dentro de la lógica binaria de las “dos Españas”: todo cae o de un lado o de otro, incluso los distingos, o del lado de la República, de la lealtad que se canta con acentos positivos, o del lado de los militares sublevados, descrito siempre con acentos todos ellos negativos (deslealtad, traición, ilicitud, impiedad, etc.). Lo cual viene a significar que en ese posicionamiento intelectual de Zambrano se opera una identificación entre la realidad española y la metáfora de las “dos Españas”, ahora ya de veras metáfora encarnada en medio de la guerra, una confusión del plano ontológico con el epistemológico que comporta por ello una evidente reducción de lo uno a lo otro.

¿Y Marañón? ¿Es de veras su lugar el de la “tercera España”? ¿No sería más adecuado, o pertinente o justo, situarlo también a él dentro de las “dos Españas”, sobre todo a raíz de su apoyo explícito y sin ambages al bando nacional? Porque de ser así la Carta de Zambrano no presentaría problema ninguno: ambos —Marañón y Zambrano— se moverían en el mismo plano intelectual, y ello aunque se tratara siempre de una reducción de la efectiva realidad española. Pero no: hay que ir despacio y con cuidado. Porque hay que decir que lo que caracteriza a la “tercera España” no es la equidistancia (con relación a los dos bandos en guerra): nótese que en ella caben experiencias como la de Marañón junto a otras de signo bien contrario en lo que se refiere al capítulo de los apoyos en la guerra (piénsese, por ejemplo, en los casos de Juan Ramón Jiménez o de Américo Castro y a sus actitudes decididamente críticas con el bando nacional y de indudable lealtad republicana). Ninguna equidistancia, pues. Y cabe decir, pues, en propiedad, que lo que define lo común de las actitudes de la “tercera España” es el hecho de no combatir la guerra, el sustraerse al combate y el posicionarse

fuera del espacio bélico. Cada cual con sus ideas y con sus afectos políticos, unos más de un lado que de otro y otros al revés, pero todos ellos fuera, todos ellos siendo a la vez *españoles fuera de la España en guerra*.

Acaso pueda decirse que también Zambrano estaba fuera, pero era, en propiedad, un estar fuera estando a la vez muy adentro, y no sólo porque la embajada era simbólica y jurídicamente territorio español y estaba por ello en guerra, sino porque ella misma se sentía dentro de aquella España en guerra, implicada en cuerpo y alma con la causa republicana en la guerra. Acaso pueda decirse también, u objetarse, que Zambrano tampoco combatió la guerra, lo cual es cierto, pero sólo en parte: no estuvo en el frente bélico donde se dispara con el fusil, pero estuvo claramente en una trinchera de la guerra, o en varias, primero en la de la Embajada de Chile y luego en la de *Hora de España* (tampoco esto es un juicio de valor político, sino el intento de dar el justo sentido a su posicionamiento intelectual). ¿Y no estuvo Marañón también, de algún modo, en alguna trinchera del otro lado de la guerra? La respuesta que aquí se da es negativa: sí lo estuvieron sus hijos, en las trincheras, y ello hubo de pesar no poco en su ánimo y en sus mismas ideas, pero él no lo estuvo, aunque a veces pasara cerca o incluso llegara acaso a visitarlas. De ello dan fe no los escritos circunstanciales de la guerra (porque en este sentido *Liberalismo y comunismo* se asemeja mucho a *Los intelectuales en el drama de España*), sino ese gran horizonte intelectual en el que trabajó incansablemente en París sobre los exilios de la historia de España, un proyecto inconcluso del que dejó huella en *Españoles fuera de España*. Es probable, además, que el hecho de no haber respondido a la Carta de Zambrano —y nótese que se dice hecho— también tenga que ver con eso. O con la conciencia de estar en espacios distintos y sin conexión, y ello aunque antes de la guerra la hubiese habido y fuera buena (conviene aquí tener presente que lo primero que se hace saltar en las guerras, en todas las guerras, son precisamente los puentes del diálogo).

De ese diálogo simbólico habló en vario modo Marañón durante su gira sudamericana, aunque lo cierto es que eso se oyó poco, o menos que otras cosas —ya se dijo del ruido, y *vale*.

## 11. Bibliografía y telón

- Abós, Álvaro (2001), *El Tábaro. Vida, pasión y muerte de Natalio Botana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Agamben, Giorgio (2022), “Testimonio y verdad”, *Cuando la casa se quema*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Almodóvar, Francisco Javier y Warleta, Enrique (1952), *Marañón o una vida fecunda*, Madrid, Espasa Calpe.
- Aróstegui, Julio (2010), “De lealtades y defecciones. La República y la memoria de la utopía”, en Viñas, Ángel (dir.), *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Madrid, Marcial Pons.
- Barchino, Matías y Cano Reyes, Jesús (eds.) (2013), *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur.
- Benavente, Jacinto *et al.* (1937), “Contestación al Doctor Marañón”, en *Ahora*, 6 de marzo (repr. en F. Díaz-Plaja, *Si mi pluma valiera tu pistola*, Barcelona, Paza y Janés, 1979, pp. 680-681).
- Bergamín, José (1937), “José Bergamín contesta al Dr. Marañón”, en *Crítica*, 7 de abril de 1937.



- Bergamín, José y Ocampo, Victoria (1937), “Cartas abiertas”, en *Sur*, n. 32, 1937.
- Binns, Niall (2012), *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur.
- Binns, Niall (2016), *Uruguay y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur.
- Bungard, Ana (2009), *Un compromiso apasionado. María Zambrano: Una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, Madrid, Trotta.
- Cámara, Madeline (2013), “Chile: la experiencia latinoamericana de la ‘solidaridad’ para María Zambrano”, en *Aurora*, n. 14.
- Cámara, Madeline (2015a), “Chile en la experiencia latinoamericana de la ‘solidaridad’ y del nacimiento de la ‘razón poética’ en María Zambrano”, en *Atenea*, n. 512.
- Cámara, Madeline (2015b), “Textos chilenos de María Zambrano”, en *María Zambrano: Between the Caribbean and the Mediterranean*, ed. de M. Cámara y L. Ortega Hurtado, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta.
- Cámara, Madeline (2020a), “Constelaciones chilenas de María Zambrano”, en *Monograma. Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento*, n. 7.
- Cámara, Madeline (2020 b), “Apuntes para la genealogía latinoamericana de la razón poética de María Zambrano”, en *Persona, ciudadanía y democracia. En torno a la obra de María Zambrano*, ed. de J. A. García Galindo y L. Ortega Hurtado, Málaga, Fundación María Zambrano.
- Córdova Iturburu, Cayetano (1937), “España y el pueblo y los intelectuales argentinos”, en *El Mono Azul*, n. 16 (1 de mayo de 1937).
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo (2010), “Marañón, América y el exilio”, en *Marañón 1887-1960. Médico, humanista y liberal*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Fuentes, Victor (2006), *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- García Queipo de Llano, Genoveva (2010), “Gregorio Marañón, de la Dictadura de Primo de Rivera a la II República”, en *Marañón 1887-1960. Médico, humanista y liberal*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Gil Villegas, Francisco (1996), *Los Profetas y el Mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México DF., Fondo de Cultura Económica.
- Gómez-Santos, Marino (2001), *Gregorio Marañón*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Jorge, David (2016), *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- Juliá, Santos (2004), *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- Krebs, Ricardo et al. (1995), *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1888-1988)*, vol. I., Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.
- López Vega, Antonio (2011), *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*, Madrid, Taurus.
- López Vega, Antonio (2017), “Marañón: un socioliberal en la hora crítica de España”, en J. Lasaga Medina y A. López Vega, Antonio, *Ortega y Marañón ante la crisis del liberalismo*, Madrid, Ediciones Cinca.
- Macías Brevis, Sergio (2004), *El Madrid de Pablo Neruda*, Madrid, Tabla Rasa.
- Marañón, Gregorio (1937), “Carta a Agustín Edwards”, en *ABC*, 11 de febrero.
- Marañón, Gregorio (1966), *Obras completas*, vol. II, Madrid, Espasa Calpe.
- Marañón, Gregorio (1967), *Obras completas*, vol. III, Madrid, Espasa Calpe.
- Marañón, Gregorio (1968), *Obras completas*, vol. IV, Madrid, Espasa Calpe.
- Marañón, Gregorio (1973), *Obras completas*, vol. IX, Madrid, Espasa Calpe.
- Marañón, Gregorio (2017), *Antología: ciencia, sociedad y política (1918-1960)*, ed. de Antonio López Vega, en J. Lasaga Medina y A. López Vega, *Ortega y Marañón ante la crisis del liberalismo*, Madrid, Ediciones Cinca.
- Marañón y Bertrán de Lis, Gregorio y López Vega, Antonio (2010), “El liberalismo de Marañón”, en *Marañón 1887-1960. Médico, humanista y liberal*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- Martin Cabrero, Francisco (2019), “Memoria del Winnipeg: luces y sombras del exilio republicano español en Chile”, en *Santiago. Ideas, crítica, debate*, n. 8.
- Martin Cabrero, Francisco (2020), “María Zambrano en la trinchera chilena de la Guerra civil española (De un contexto de escritura y a propósito de la razón poética)”, en *RiCognizioni. Rivista di lingue, letterature e culture moderne*, n. 14.
- Martin Cabrero, Francisco (2022a), “Entre poetas (Un epílogo y dos prólogos chilenos de María Zambrano)”, en *Fedro. Revista de Estética y Teoría de las Artes*, n. 22.
- Martin Cabrero, Francisco (2022b), “Zambrano en Chile: artículos argentinos olvidados (Rescate y edición)”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. 39, n. 3.
- Martin Cabrero, Francisco (2022c), “Zambrano en Chile: a propósito de la *Antología* de Federico García Lorca”, en *Lingue e Linguaggi*, n. 50.
- Martin Cabrero, Francisco (2022d), “España y Europa: la Generación de 1914 y sus discípulos”, en *Guía de Historia de la filosofía española*, ed. de J. L. Mora y A. Heredia, Granada, Comares.
- Martin Cabrero, Francisco (2022e) “La patria imposible del exilio (De la travesía de Winnipeg y del exilio republicano español en Chile)”, en *Migraciones y exilios: perspectivas desde la historia, la sociología y la filosofía*, ed. de S. Cabbanchik y P. Buchbinder, Buenos Aires, Eudeba.
- Milos, Pedro (2008), *Frente Popular. Su configuración en Chile: 1935-1938*, Santiago de Chile, Lom.

- Montiel Rayo, Francisca (2016), “Ediciones propagandísticas españolas en Argentina durante la Guerra Civil y el primer franquismo”, en *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, n. 7.
- Moradiellos, Enrique (2001), *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península.
- Moraga Valle, Fabio y Peñaloza Palma, Carla (2011), “España en el corazón de los chilenos. La alianza de intelectuales y la revista *Aurora de Chile*, 1937-1939”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, n. 2.
- Moral Roncal, Antonio Manuel (2011), “Nuevos testimonios y fuentes sobre la represión republicana en el Madrid de la guerra civil” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n. 51.
- Moreno Sanz, Jesús (2014), “Cronología de María Zambrano”, en Zambrano, María, *Obras completas*, vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Ortega y Gasset, José (2005), “En cuanto al pacifismo...”, en *Obras completas*, vol. IV, Madrid, Taurus.
- Ortega Hurtado, Luis (2022), “Chile en el periodismo de María Zambrano”, en *Transatlantic Studies Network*, n. 13.
- Pérez Gutiérrez, Francisco (2009), *Los años de París*, Madrid, Bubok.
- Pizarroso Quintero, Alejandro (2001), “Intervención extranjera y propaganda. La propaganda exterior de las dos Españas”, en *Historia y Comunicación Social*, n. 6.
- Pizarroso Quintero, Alejandro (2005), “La Guerra civil española: un hito en la historia de la propaganda”, en *El Argonauta español*, n. 2.
- Pizarroso Quintero, Alejandro y Sapag Muñoz de la Peña, Pablo (2012), “Propaganda y diplomacia. Proyección exterior de la España franquista (1936-1045)”, en A. C. Moreno Cantano, *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, Gijón, Trea.
- Preston, Paul (1998), *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Roubaud, Louis (1937a), “La douloureuse confession du professor Marañón”, en *Le Petit Parisien*, 21 de febrero.
- Roubaud, Louis (1937b), “José Bergamín répond au Docteur Marañón”, en *Le Petit Parisien*, 4 de marzo.
- Sánchez Cuervo, Antolín y Hernández, Sebastián (2014), “La estancia de María Zambrano en Chile”, en *Universum*, 29.
- Sánchez Cuervo, Antolín (2015), Presentación y notas a M. Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la Guerra civil*, en *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Sánchez Granjel, Luis (1960), *Gregorio Marañón: su vida y su obra*, Madrid, Espasa Calpe.
- Sánchez Rodríguez, Alfonso (2011), “José Bargamín en la Guerra civil española”, en *Huarte de San Juan. Filología y Didáctica de la Lengua*, n. 11.
- Sapag Muñoz de la Peña, Pablo (2003), *Chile, frente de combate de la guerra civil española. Propaganda republicana y franquista al otro lado del mundo*, Valencia, UNED.
- Sheridan, Guillermo (2003), “Un no en Valencia”, en *Letras Libres*, abril, s.n.
- Soto García, Pamela (2004), “Chile: un inolvidable y decisivo viaje”, en *María Zambrano. De la razón cívica a la razón poética*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Residencia de Estudiantes & Fundación María Zambrano.
- Soto García, Pamela (2005), “María Zambrano en Chile”, en *República de las Letras*, n. 89.
- Soto García, Pamela y Espinoza Lolas, Ricardo (2019), “Madre España: una lectura del pensamiento estético de María Zambrano”, en *Pensamiento*, vol. 75, n. 286.
- Trapiello, Andrés (2021), *Las armas y las letras. Literatura y Guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino.
- Vial, Gonzalo (2009), *Agustín Edwards Mac Clure: periodista, diplomático y político. Los cuarenta primeros años del siglo XX chileno*, Santiago de Chile, El Mercurio-Aguilar.
- Viñas, Ángel (2010), “La gran estrategia de política exterior de la República”, en Viñas, Ángel (dir.), *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Madrid, Marcial Pons.
- Zagrebelsky, Gustavo (2019), *Mai più senza maestri*, Bolonia, Il Mulino.
- Zambrano, María (1986), *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos.
- Zambrano, María (1998), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Trotta.
- Zambrano, María (2009), *Las palabras del regreso*, ed. de M. Gómez Blesa, Madrid, Cátedra.
- Zambrano, María (2014), *Obras completas*, vol. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2015), *Obras completas*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2022), “Cuatro artículos olvidados”, Apéndice a F. Martin Cabrero, “Zambrano en Chile: artículos argentinos olvidados (Rescate y edición)”, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. 39, n. 3.
- Zamora Bonilla, Javier (2002), *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Zamora Bonilla, Javier (2011), “Discursos irresponsables y retóricas intransigentes”, en F. del Rey (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos.